

Los escritores se alimentan de los muertos



Rodolfo Quintero

**LOS ESCRITORES SE ALIMENTAN DE LOS
MUERTOS**

Rodolfo Quintero

2021

Primera edición, 2021

Segunda edición, 2023

Los escritores se alimentan de los muertos

D.R. © Rodolfo Quintero Ramírez

ISBN: 978-607-8677-53-5

Se editó para publicación digital en octubre de 2023

Todos los Derechos Reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[Portada](#)

[Los escritores se alimentan de los muertos](#)

[Página legal](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Prefacio](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

*Para mi gran amigo y alumno Rodrigo Ruy Arias, con quien debí haber
coincido en Harvard pero lo logramos en la Universidad de
Guadalajara.*

Finalmente, por decirlo todo, ¿es indispensable que haya sido escrito para alguien? En cuanto a mí, tengo tan escaso gusto por el mundo viviente, que, a semejanza de esas mujeres sensibles y ociosas, las cuales, según se dice, envían por correo sus confidencias a amigas imaginarias, de buena gana escribiría solo para los muertos.

Charles Baudelaire

PREFACIO

Aunque no soy un experto en literatura, simplemente un lector apasionado, y sin conocer la obra de Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, en la que se interna Rodolfo Quintero (Ciudad de México, 1954) para construir su relato, me atrevo a apuntar unos breves comentarios a propósito de *Los escritores se alimentan de los muertos* por la amistad que me une a su autor.

Lo primero que tengo que decir es respecto al tono cultural en el que se mueve la apuesta literaria con la que se inicia, quizá, una aventura que puede resultar apasionante, al menos para el autor que emprende estos primeros pasos. Me refiero al quehacer literario dentro del mundo americano, el cual descansa sobre un lenguaje común que nos une desde México hasta las Tierras de Fuego.

En este sentido, observo en el relato de Rodolfo Quintero un uso del lenguaje que remite a la sociedad latinoamericana actual, donde el componente indígena se alza con todo su poder de persuasión; contrario a lo que sucede con Europa, donde los ancestros clásicos —entiéndase, por ejemplo, la cultura griega— siguen teniendo influencia sobre nosotros, pero desde la distancia, como referencias temporales lejanas al contexto americano. El vínculo con la cultura indígena no actúa como una simple referencia, sino que constituye una razón de ser; hoy día, continúa identificando y dando sentido a determinados comportamientos sociales.

En efecto, en ese mundo literario americano, sentimos (nos hacen sentir) todo un cúmulo de pasiones reunidas en un mismo acto vital, como un equipaje sometido a un continuo e ininterrumpido arrastre histórico que expresa la fuerza de una cultura pretérita —por su origen, no porque haya pasado— cuya intensidad se acrecienta con el tiempo. Es la expresión y el proceder de lo «originario», de lo «indígena», en las diversas formas de vida lo que hoy día indica el sentido de una sociedad que no renuncia a sus ancestros, que cohabita y muere con ellos.

Podemos decir, tratando de especificar a la cultura europea con respecto a la latinoamericana, que pasamos de la «cultura clásica» europea como

referencia lejana, al condicionante indígena —constantemente actualizado— en el mundo americano. De ahí que el lenguaje literario en ese mundo convulsionado por tantos sometimientos colonialistas se haya rebelado contra el patrón que, a duras penas, quiso imponerse desde el poder de la metrópoli. Si ese poder sí tuvo sus efectos en la explotación de la que fueron objeto —y lo siguen siendo— sus territorios, sus gentes, sus pueblos, ¿podemos decir lo mismo del lenguaje?

De la cultura indígena podemos afirmar que es callada, lo que no significa que esté dormida, ya que su existencia es real. Lo que resulta evidente es su sometimiento, y cuando este se da a entender, se expresa con toda su fuerza. Es en este decir «¡aquí estoy!» en el que la literatura ha ejercido como un vehículo que ha sabido encauzar sentimientos ocultos, tan intensos que han sacado a la luz lo que no ha desaparecido, lo que, sin un aparente vigor, estaba soportando, fundamentando; una realidad social a la que no le quedaba otra posibilidad que mostrarse desde sus componentes «mágicos», consecuencia de su clandestinidad consuetudinaria.

Este es el lenguaje del que se agarra nuestro autor en un intento por hacernos comprender una realidad, la de Puerto Vallarta y su entrega a los brazos del turismo más depredador, que no hay manera de entenderla si no la imaginamos desde componentes que van más allá de ella: rozan sus entrañas más recónditas y tortuosas. El milagro se produce cuando el lenguaje se convierte en expresión de este misterio, única manera de presentarnos la realidad más cruel y violenta. Es en este sentido que el relato de Rodolfo Quintero es fiel a su tradición, aquella que reúne, bajo un mismo cobijo, todo un cúmulo de pasiones y sentimientos colectivos que no han dejado de expresarse a lo largo de la historia.

Una superposición pasional compleja reúne todo para darle sentido a la vida: pasiones, negocios, religión, traiciones, política, subversión del orden, poderes paralelos... La vida en esa parte del mundo no se ciñe a normas dictadas ni a supuestos «órdenes sociales» emanados de regímenes políticos concretos, sino a la costumbre más ancestral: al «indigenismo» que la invade, la encauza y la llena de sentido.

Por lo anterior, resulta imprescindible guiarse por un texto literario previo, *La tierra pródiga*, para conocer al Amarillo, al padre de Ricardo.

Por la tradición en la que se inserta, Rodolfo Quintero tiene la necesidad de recurrir a la novela de Agustín Yáñez para construir su universo narrativo.

Se puede decir, entonces, que la novela *Los escritores se alimentan de los muertos* se concibió como un relato dentro de un relato. Es decir, se inmiscuye en una realidad ajena, construida por otros, para recrear a sus personajes y hacerles saber cómo han sido manipulados, cómo han decidido sobre sus vidas: Quintero mueve a sus personajes haciéndolos caminar por otras sendas narrativas, extrayéndolos, incluso, de su ambiente, enfrentándolos entre sí, extrapolándolos hacia los bordes de la narración de la que provienen y haciéndoles observar lo que no ven desde su interioridad.

De esta forma, los mismos personajes descubren su identidad desde la observación de sus acciones pretéritas. Son protagonistas de una visión privilegiada que les permite seguir sus pasos, aquellos a los que les ha empujado la narración de la que proceden, con la intención, quizá, de que el nuevo narrador les aporte sentido a sus vidas. Es como sacar a alguien de su entorno vital para subirlo a una atalaya desde donde puede contemplar lo que ha sido, y permitirle, con este milagro, recomponer lo que fue.

Siento no conocer la obra de Agustín Yáñez para comprender mejor este diálogo literario. A propósito, me parece un recurso digno de mención el que la comprensión de un relato te obligue a inmiscuirte en otro, a recorrer un mundo literario que te haga fluir por etéreos paisajes imaginarios, los únicos que pueden expresar la realidad que no reconocen los que desprecian el lenguaje que surge de lo popular, lo que, para la cultura latinoamericana, enraíza en su cultura indígena. Esta es una tarea que tengo por delante: introducirme en las páginas de *La tierra pródiga*, que es tanto como releer *Los escritores se alimentan de los muertos*.

Por último, si a lo ya dicho unimos la vocación de Rodolfo Quintero como estudioso de los fenómenos urbanos que han asistido a la ciudad de Guadalajara, Jalisco —lo que se ha concretado en un doctorado por la Universidad de Valladolid y que justifica el epílogo de su relato—, no podemos rematar estas aproximaciones a su obra sin destacar que en este relato sobre un relato la trama se conduce desde una posición disciplinar que denuncia la explotación territorial de Puerto Vallarta, la cual oculta —o

simula— el exterminio de una cultura.

Alfonso Álvarez Mora

Catedrático y Profesor Emérito de la Universidad de Valladolid, España

PRIMERA PARTE

Rodolfo, en la madrugada de un lunes en mi casa en la colonia Moctezuma de la Ciudad de México, por teléfono me dio la noticia: «Dante, nuestro amigo Ricardo murió de un ataque al corazón». Tomé esa misma mañana en Indios Verdes un autobús. Rodolfo me recogió por la tarde-noche en la Nueva Central Camionera en Guadalajara. A él le empecé a contar cómo Ricardo y yo vivimos en el mismo barrio de la Santísima Trinidad en Guadalajara. Él y yo fuimos amigos desde la primaria, éramos como hermanos. Aproveché esa amistad cuando le propuse el estudio del ejido de Puerto Vallarta. Él me contestó que para eso están los amigos, y me permitió llevar la propuesta a la reunión del grupo de trabajo del Centro de Estudios Turísticos del Fonatur. El estudio se agendó dentro del cronograma de investigaciones institucionales.

Le comenté a Rodolfo que ya había elaborado un estudio de los efectos económicos del turismo en Puerto Vallarta; para ese entonces los efectos eran visibles, particularmente en el ejido de Puerto Vallarta, sus terrenos para la agricultura y sus llamados desmontes se transformaron en zonas urbanas. Incluso en sus huertos se edificó la colonia urbana Emiliano Zapata.

Un autor, de cuyo nombre no me quiero acordar, pensó que se resolverían los problemas de la costa jalisciense con el pacto de Zacate Grullo. Dicho pacto, como su nombre lo indica, se formuló en El Grullo. El gobernador Anacleto Herrera y Cairo expidió un único decreto con el cual se arrasaría a los pueblos de la costa, desde allí hasta el suroeste. El decreto proponía talar los árboles, prender fuego a las selvas y liberar, de una vez por todas, aquella región infestada de bandoleros, caciques y criminales. Ese famoso escritor pensó que no había otro tipo de habitantes en esta región.

...En aquellos tiempos los que entraban aquí a Vallarta eran de esa gente de los que les decían revoltosos, o sea rateros... bandidos... y saqueaban

mucho aquí en Puerto Vallarta... Hasta al obispo lo saqueaban... lo robaban... Entonces aquí se escondía la gente mucho...

Aquí era un rancho... No había sanatorio... No había nada... A las mujeres las atendían mujeres particulares que les nombran parteras... Sí... pos era un ranchito Vallarta... era un ranchito chiquito...

Le dije a Rodolfo que yo no estaba de acuerdo con ese punto de vista. La ley, de manera muy afortunada, se consideró inadecuada y terminó en el olvido. Los escritores jaliscienses recrearon en sus novelas, de manera idealizada y romántica, la cultura campesina; pero aquí estaba el pretencioso sociólogo Dante Vargas Picasso, que reivindicaría a la cultura campesina con un estudio científico social.

Ricardo, en las oficinas de Insurgentes Sur 800 en la Ciudad de México, me pidió a su vez un favor: «Dante, aprovecho que estarás trabajando casi siete meses en Puerto Vallarta, te pido un favor: localiza a mi papá». Su tono de voz me desconcertó. Nunca se había dirigido a mí de esa forma en todo el tiempo de conocernos. De hecho, en todo el tiempo de nuestra amistad nunca había mencionado a su papá e, incluso, cuando el tema salía en la plática, lo evitaba.

Ricardo tomó de uno de los cajones de su escritorio un libro. Lo depositó en mis manos: «Dante, aquí encontrarás la información necesaria para localizarlo». Vi la portada del libro, luego lo miré a los ojos sin formular la pregunta: «¿Ricardo, de qué se trata?».

Ricardo se adelantó a su formulación expresa de la pregunta y respondió: «Mi papá es singular, una vez en la cárcel al declarar ante el juez le presentó esta novela y le dijo: en este libro encontrará parte de mi vida». Mi amigo Ricardo añadió: «No pongas esa cara, los lectores de esta novela identifican a mi papá porque él inspiró al personaje. Un personaje que mi papá reivindicó como suyo en la cárcel. Amigo, la realidad imita a la ficción».

Lo programado para trabajar en Puerto Vallarta estaba en tiempo y forma de acuerdo con el cronograma oficial, pero ¿lo de su papá? Me pareció absurdo.

No creo en esa tontería de estudiantes de secundaria que repiten como pericos: «la realidad imita a la ficción». No le repliqué nada; me observó, vio cómo dirigía mi mirada por la ventana y me quedaba contemplando cómo el *smog* pintaba de gris el cielo. Ricardo dijo: «Dante, por favor encuéntralo, es muy importante para mí. Te entrego de una vez los boletos de avión y las reservaciones del hotel».

Le dije solo una vez: «lo voy a buscar», y estreché su mano tras tomar los boletos del avión casi por inercia. Ricardo tuvo la capacidad de hacernos las bromas más pesadas que solo por una amistad muy sólida se pueden tolerar. Ese día pensé: «Ricardo, no me vengas con el cuento que con una novela voy a encontrar a tu papá. ¿Una novela para buscar a una persona?» Ahí estaba como siempre, jugando su juego. Además, Ricardo era mi jefe.

Él me desconcertó más cuando nos despedimos; dijo: «Te acompañará Beatriz para actualizar los datos del estudio de *Los efectos del turismo en Puerto Vallarta*. Ella te puede ayudar con el trabajo de campo del estudio de caso del ejido de Puerto Vallarta que tanto te interesa a ti. Además, es una excelente fotógrafa; si le consigues un cuarto oscuro, ella misma puede revelar las fotografías. Conoce cada una de las actividades del trabajo porque ella redactó el cronograma de investigación institucional. Está lista para el viaje». Ricardo guiñó uno de sus ojos. Ese guiño me hizo sentir muy incómodo. Beatriz me incomodaba, me hacía sentir débil.

Creo que a Rodolfo, esa noche del velorio, le sonó muy cursi la respuesta a su pregunta: «¿Cuándo te enamoraste de ella?» No fue cuando fuimos compañeros de trabajo en Fonatur, en la Secretaría de Turismo. Me enamoré de Beatriz cuando cursábamos el sexto de primaria en la escuela. Lo recuerdo. Miguel nos invitaba a su casa para hacer la tarea todos juntos y así tener el resto de la tarde para organizar nuestro torneo de cabecitas y, por la noche, nuestro partido de fútbol. Un día de esos, después de la

escuela, nos invitó a ir a su casa. Terminamos la tarea, pero antes de ir a jugar nos invitó a subir a la azotea y a entrar sigilosamente al cuarto de servicio, nos llevó hasta la ventana para observar a través de ella. Sucedió el milagro: Beatriz estaba en la azotea vecina, colgaba la ropa lavada en los tendederos de su casa. Ese fue el día en que me enamoré de ella.

Miré tras la ventanilla del avión un cielo transparente que no se comparaba con el cielo que contemplé aquella tarde a través del vitral de la oficina de Ricardo. Terminé de hojear *La tierra pródiga* de Agustín Yáñez. Tuve la certeza, Ricardo me quería tomar el pelo.

Beatriz, al ver que dejé el libro, me preguntó:

—¿Dante, no has hecho el amor en el baño de un avión?

Me sonrojé y contesté que no. Resuelto a no hablar de mi inexperiencia sexual, nos pidieron que nos abrocháramos los cinturones porque el avión aterrizaría en el aeropuerto Gustavo Díaz Ordaz.

El camino en taxi del aeropuerto al centro de la ciudad es plano, nada de subidas o bajadas, ni curvas. En ese momento, a bordo del taxi, intenté establecer un diálogo con Beatriz.

—¿Ricardo no te ha platicado alguna vez sobre su papá?

—No.

—¿Esto es Puerto Vallarta?

—Sí.

—No se compara con Acapulco. ¿Serán suficientes siete meses para cumplir con nuestra agenda de trabajo?

—Es posible. Además, debemos buscar al papá de Ricardo.

—¡Ah!

Camino al hotel el calor era muy denso. No recuerdo si a esa hora nuestros ojos ya se habían reventado por el sopor del calor y el aire caliente que soplaba. Creo que era el tiempo al que los viejos campesinos llaman la canícula.

—Bonita fiesta armaremos esta noche en el hotel. —Volví a oír la voz de Beatriz—. ¿Me vas a llevar a bailar? —No le contesté y añadió—: No me

vas a decir que los sociólogos no saben bailar.

En mi casa nunca hacían fiestas... Cine... pos donde daban era mudo... Le pasaban a uno los letreros... lo que decían allá y luego tocaban la música de viento... No... en mi casa nunca hubo fiesta de nada... Así que friéguele allá... friéguele aquí... Pues así no... Cuando me casé iba a la parcela a llevar de comer y ahí andaba yo a veces con mi hijo aquí y la petaca acá y puras franelitas porque no había cestos... Iba a dejar de comer y ponte a seguirle... En eso trabajaba y juntábamos el coco y lo destapábamos, ¿verdad?... Y luego a sembrar maíz y arar la tierra... y ahí anda uno para que de repente, ya que estaba junto, la gente nos lo ganara... Qué coraje me daba a mí... Uno desgajando los elotitos y el frijol para que se los llevara la gente...

Nos gustaba brincar la soga y la roña... Con las mismas niñas jugamos a la roña y si no al encantado... Hice el primer año y el segundo no lo acabé... A puro trabajar en la casa lavando... barriendo y ora más porque antes había ladrillo de jarro y a pura rodilla la sala, recámaras y todo...

El sol reverberaba; la carretera parecía un charco de agua transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía el camino gris. Más allá yacía una línea de hoteles, seguida de palmeras y una vegetación que pintaba de verde el cerro.

—¿Y qué trazas tiene el papá de Ricardo, si se puede saber?

—No lo conozco, solo sé que tiene el apodo del Amarillo —le contesté.

—¡Mm, vaya!

—Sí, así le decían.

—Mm...

No le quise decir la verdad: el Amarillo era un personaje literario.

—¿Dónde vamos a localizarlo? —me preguntó.

—En Las Peñas.

—¿Conoces ese lugar?

—Este puerto así se llamó originalmente. Las Peñas ahora ocupa el centro urbano de esta ciudad. Mira, aquí terminan sus límites, acabamos de cruzar El Púlpito de la Playa de Los Muertos.

El taxi se introdujo en la carretera a Barra de Navidad, sembrada de curvas. Se podía pasear la vista por la playa Amapas, Conchas Chinas, Las Estacas y el kilómetro 3.5, en el cual se definió la Zona Hotelera Sur de Puerto Vallarta.

—Ricardo nunca habla de su papá —me dijo.

El taxista nos dejó con nuestro equipaje de manera muy amable hasta las puertas de la recepción, de seguro fue porque él quería seguir contemplando a Beatriz, ella era muy hermosa. Dejamos el aire caliente de allá afuera para refugiarnos en el aire acondicionado del hotel. Nos hubiéramos fundido de calor si nos hubiéramos tardado un poco más.

—Hace calor aquí —le comenté a la recepcionista del Hotel Camino Real.

—Sí, y esto no es nada —contestó—. Ya lo sentirán más fuerte por la noche.

Queriendo hacerse la simpática, continuó:

—Y eso que no estamos en brasas de la tierra ni en el infierno, pero el cóctel de bienvenida les quitará el calor.

Correspondí a su trato y, desinhibido, le pregunté:

—¿Conoce usted al Amarillo?

—¿A quién?

—Al Amarillo.

—¡Ah! ¿Al que consideran el delegado del ejido de Puerto Vallarta?

La recepcionista me proporcionó tarjetas para que nos registráramos.

—¿A qué nombre está su reservación?

—A nombre de Dante Vargas Picasso y Beatriz Aceves Tapia.

Me quedó como reverberando en los oídos su respuesta: «Al que consideran el delegado del ejido de Puerto Vallarta». Sentí en mi mochila el peso del libro *La tierra pródiga* de Agustín Yáñez. No era posible que ella quisiera también tomarme el pelo.

—¿Y se puede saber dónde puedo localizar al pretendido delegado del ejido de Puerto Vallarta? —le dije a la recepcionista en un tono burlón.

—En las oficinas del ejido —me respondió.

—¿Está segura, señorita? —Adopté una postura seria.

—Sí, todos en Vallarta consideran al famoso Amarillo como el líder — me contestó sin inmutarse—. En Vallarta todos dicen que él, personalmente, se encarga de vender los terrenos del ejido al mejor postor; además, se dice que él es el promotor de la construcción del hotel Punta Diamante en la mismísima casa del ejidatario. Mire usted, tiene suerte, mañana es domingo. Ellos sesionaban en la casa ejidal todos los domingos, pero ahora lo hacen en el auditorio Agustín Flores; queda en contraesquina del templo de la Virgen de Guadalupe. ¿No conoce Vallarta?

No me dejó contestar y continuó:

—Mire, aquí le doy un plano turístico: por aquí se llega al templo, luego se para en la esquina y ahí enfrente está. Aquí tiene sus boletos para el cóctel y le doy un par de boletos para el desfile de modas del domingo por la noche.

Era la hora en que los niños juegan en las calles de los pueblos y llenan con sus gritos la tarde. Esa tarde solo llegó a mis oídos la voz de la recepcionista, quien llamó al camarero para que recogiera nuestro equipaje.

—Estas son las llaves de sus cuartos, el 403 y 404.

...En el rancho jugábamos a lazar los becerros y andar jineteando... andar correteando... como juegos... Ya nos andaba que cayera poquito el sol para anunciarnos para abajo a las pascualas o tirarles a las pascualas... esas que se anidaban en los collarines del mal ojo... Allí se las bajamos con la resortera... Las pascualas son unas codornices... chiquitas como bolitas... anidan en los collarines de mal ojo... El mal ojo es esa parte del árbol... como plaga le sale... pero se pone tupidito... así collarín y allí duermen esas palomas... Nosotros llegamos y uno las alzaba y el otro les tiraba: jzas!...

Cuando uno es muy chico con cualquier cosa se divierte... No fui a la escuela porque quedamos huérfanos de chiquillos y le ayudaba a mi mamá a lidiar pues nosotros nos acabamos de criar... fuimos siete de familia... estaban tres muy altos, y eso en tiempos del que tenía comida...y el que no... que Dios te socorra... mientras tuvimos padre nos llevaba a comer al rancho... Se murió y aquí quedamos... yo ya tenía alrededor de diez años... ya me dedicaba a hacer mandaditos... a ir a la leña... a traer tercios de leña para que mi mamá echara la tortilla... No fui por más de tres meses a la escuela... No salí burro porque saqué mi certificado por segundo año... leer y escribir...

Nuestras pisadas hacían huecos en la alfombra, no se escuchaban al caer sobre la alfombra del *lobby* hasta llegar a las puertas del elevador. Después solo se escuchaba el sonido del elevador. Ya en mi cuarto, vi cómo las paredes se pintaban de anaranjado por el sol del atardecer.

Después, Beatriz y yo caminábamos por la playa. Nos detuvimos debajo de una palmera, aprovechamos para fumarnos un churro, los españoles le dicen *porro*. Cuando terminamos, seguimos caminando y Beatriz me siguió, fue tras de mí tratando de emparejarse a mi paso; hasta que me di cuenta aminoré la marcha. Los dos íbamos tan pegados, casi nos tocábamos los hombros. Ella se apoyó en mi hombro, se quitó sus zapatillas y quedó con sus pies desnudos. Descalzos, miramos cómo las olas mojaban nuestros pies; disfrutamos de ese hermoso atardecer.

—¿No te gusta el atardecer? —le pregunté a Beatriz.

—Sí, es muy erótico, es como si el sol penetrara al mar.

No sé si me sonrojé, porque me dijo, acariciándome el rostro:

—Mira cómo se refleja el atardecer en tu rostro.

Para cambiar de tema chapalee el agua.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté a Beatriz.

Ella negó con el dedo. En la terraza se empezó a escuchar la música de un grupo: «Los marcianos llegaron ya, y llegaron bailando ricacha...». Con el mismo dedo, Beatriz me indicó ir al lugar de donde provenía la música. Me tomó de las manos y, como un niño, me dejé guiar hasta la mesa a la que

ella quiso que nos sentáramos, justo al lado de un grupo de norteamericanos; ellos brindaban con margaritas. Mi cabeza se llenó de ruidos musicales y de voces. El aire era escaso debido al humo de los cigarrillos, se quedaba dentro de uno, creando un ambiente pesado.

El mesero nos preguntó qué queríamos tomar. Yo pedí un *vodka tonic* y ella un tequila con Squirt. El grupo tocaba una pieza movida, ella sacudió con ritmo sus manos en el aire como insinuación a bailar. Me paré y la saqué a bailar. Beatriz seguía el ritmo de la música, y pensé: «¿El Amarillo, delegado del ejido de Puerto Vallarta? Bueno, mañana conoceré al papá de mi amigo».

Los turistas se alborotaron cuando el grupo musical entonó la *Macarena*. Más tarde, un norteamericano de la mesa contigua, visiblemente borracho, pidió al mesero en inglés ofrecer una grabadora a cambio de Beatriz. El mesero se acercó a mí; para quedar bien con el gringo, platicó conmigo en español para que el gringo pensara que negociaba para él. Platicó que el mentado era su amigo, que lo había llevado a pasear a varios lugares de la bahía: a Yelapa en excursión con unas amigas y no recuerdo a dónde más. El norteamericano estaba con la boca abierta, sin entender nada de lo que me decía. Le pedí la cuenta.

—Vámonos a dormir —le dije a Beatriz—, si no, mañana no nos levantaremos para ir a la reunión de los ejidatarios. —La tomé de la mano para guiarla para que nos fuéramos a dormir cada quien a su respectivo cuarto.

El domingo Beatriz y yo llegamos tarde a la reunión de los ejidatarios. Saludamos a los ejidatarios que quedaron en el auditorio Agustín Flores Contreras. Me dispuse a estrenar mi diario de investigación con sus nombres y direcciones. La idea era programar una cita con ellos para aplicar la entrevista diseñada con base en encuestas antropológicas y estudiar los efectos del turismo en los campesinos del ejido de Puerto Vallarta. Cuando pregunté por el Amarillo a los que estaban ahí reunidos, señalaron a una anciana: ella me ayudaría a localizarlo. Platicaba con otras ancianas como

ella e interrumpí su charla. Se sentó junto a nosotros, situación que aproveché para hacerle la entrevista. Encendí la grabadora:

Había venados cerquitas... aquí enseguida... Y de allá en la casa íbamos al llano... donde ora es el aeropuerto... Allá íbamos dizque a lavar, dizque a una acequia donde se veían distintos venados... Les teníamos miedo... Éramos chicas mi hermana y yo... aunque mi tía iba con nosotros... pero los venados son bravos... Un día agarraron un venado... un señor que era rico... Lo agarró y se lo llevaron y lo amansaron y todo... Pues un día que fue la criada a donde estaba el animal... a llevar unos chayotes... porque había muchos chayotes... ramadonas de chayotes... Y la alcanzó a ver el animal y la mató... con los cuernos... Así tiene los cuernos... Pues que le pone las pezuñas encima y le rajó lo que fue todo esto y luego después con los cuernos la abrió y la mató... Desde entonces les teníamos miedo... a todos los que veíamos en los llanos...

Al escuchar a doña Paulina, imaginé ahí tirados en la acequia los huesos descarnados de la criada y sus pulmones flotando como aquellas plantas acuáticas cuyas hojas se parecen a un pulmón.

Yo soy de aquí de Vallarta... Mi abuelo se dedicaba al campo, a criar animales...

En aquellos años hubo una unión en Cuale... unión de americanos que empezaron a trabajar las minas del oro y la plata... Allá nació él... Ya se vinieron para acá... Mi madre era de Tuito... Mi papá trabaja en el campo... era humilde... era pobre... Puro amanecer y pegarle al coco o a lo que fuera...

Durante la entrevista, Beatriz sacó su cámara; me dijo con mímica que me acercara a doña Paulina, quien pronto se acostumbró a la grabadora que, según yo, escondí en un morral de mezclilla.

Pues yo a mis abuelitos de parte de mi madre no los conocí... No conocí a mi madre porque me quedé chiquita... Tenía año y medio... Nomás supe de mi abuelito... Él murió de 110 años... Mataba reses... mataba vacas de verdad... Todavía a los 100 años las mataba... Era muy inteligente... Agarraba un novillo, lo jalaba y lo tumbaba... Una vez me cuentan que hizo una apuesta en Guadalajara con unos fortachos que estaban pedos... Les apostó que él era más ágil para pelar animales... Ellos le contestaron: «no creemos que usted vaya a poder»... Él les dijo a los señores: «comiencen»... Todavía les dio chanza... ¡N'hombre!... Estaban que se hacían pedazos y él se puso a fumar un cigarro mientras ellos mataban a sus reses... Mi abuelo se acabó su cigarro de hoja, porque no había de papel, pura hoja... El tabaco era de ese que aquí se daba... Lo secaban y lo traían en su bolsita y en sus hojitas de maíz en vez de papel para que no les hiciera daño...

Y se acabó su cigarro para matar a sus reses... Ganó la apuesta... Era bueno para matarlas... Era de Mascota...

Doña Paulina señaló a uno que se distinguía por fumar en compañía de un pequeño grupo de campesinos y comentó:

Él nos encerraba... Él, si se iba a sus paseadas... Nos encerraba y ¡pum!... se iba... Yo no me casé de pronto... Vivimos en amasiato veintiocho años... porque seguro quería casarse con otra gente... Seguro tenía otra mujer... Y hasta cuando le removió la conciencia ya quiso casarse... Nos casamos en el año de 1945 o 55... el día 24 de junio, el día de San Juan... El señor cura

dijo que cuando nos casamos fueron nuestras bodas de plata... Ajustamos esas bodas y nuestros padrinos me hicieron un festival en la casa de palapa... en el corral grande... ahí bajo los mangos... ¡Uh!, remucha gente: «¡Paulina se casa!». Y ahí vienen las amistades y él... nada... Mis hijos ya grandes se trajeron unas muchachas... pero él y yo no bailamos... Pero cuando se iba al bule por allá... al cabaret... sí... Él nos encerraba... pero ese día sí hubo baile, fiesta... Mataron un chivo para la birria... Unas trajeron cazuelas de frijoles, de arroz... Ya después ahora que cumplimos las bodas de oro ya me hicieron una fiesta bonita... Mis hijos vinieron y los hacían bailar conmigo... pero a este no lo convence uno... Eso sí, allá sus bailes y sus deseos y yo aquí... Paulina estate aquí quietecita... ¡Uh! Fue una misa bien bonita aquí en la parroquia... Vinieron mis hijos desde Los Ángeles, otro de Tijuana... Todos mis nietos, bisnietos y tataranietos... ¡Todos!

Hicimos fiesta allá en el corral... Se arregló bien bonito y hubo comida y toda la cosa... Ya vamos para las bodas de rubí... Ya 57 años de casados... Tuve diez hijos: Consuelito, Consuelito, el otro y el otro... Braulio, la otra, Rosita y luego el otro... Carmen y enseguida Benjamín... Mi niño más pequeño estaba bien... bien... Había ajustado dos años y se me murió de dos años trece días... Se llamaba Filis... Le picó un alacrán aquí... y como no había médicos...

Cuando terminé la entrevista con doña Paulina, le expliqué a la anciana que uno de los ejidatarios me había comentado que ella me podía ayudar a localizar al Amarillo. Acostumbrada a esta petición, me dijo inmediatamente que sí, que con mucho gusto nos llevaría con el Amarillo. Nos guio en dirección a la colonia Emiliano Zapata. Llegamos a la calle Vicente Guerrero, no tuvimos que atravesar el río Cuale. Caminamos al compás del caminar lento de la anciana hasta que llegamos a la casa.

Ella nos dejó ante la puerta, que estaba abierta, y una escalera nos llevó directamente a la sala-comedor. Ahí nos encontramos con un anciano;

invadía el lugar con el humo de su puro. Le pregunté por el Amarillo. Se hizo como que no escuchaba, como si estuviera sordo. Yo le repetí: «¿No se encuentra el Amarillo?»

El anciano nos pidió que nos sentáramos en uno de los sillones de la sala y nos ofreció un vaso de agua, que aceptamos. Con pasos lentos, se fue a buscar al Amarillo. Regresó y nos dijo: «No se encuentra ahora en casa, quizá se fue a comprar unos cigarros, pero no ha de tardar». Se volvió a sentar en su equipal.

No nos dimos cuenta de cuánto tiempo transcurrió cuando alguien por la escalera llegó cantando:

*Pretendiendo humillarme
Pregonaste el haber desdeñado mi pasión
Y fingiendo una honda pena
Imaginaste que moriría de desesperación*

*Total
Si me hubieras querido
Ya me hubiera olvidado
De tu querer*

*Ya ves que fue tiempo perdido
El que tú has meditado*

*Para ahora decirme
Que no puede ser*

*Pensar que llegar a quererte
Es creer que la muerte se...*

Al vernos, interrumpió la canción. Se quitó el sombrero a modo de saludo. Tenía al papá de Ricardo frente a mí, e incluso al que pensé era su abuelo.

Rodolfo, en el trayecto a la funeraria, me comentó que, coincidentemente, Ricardo le pidió a él el favor de buscar en las oficinas del ejido de Puerto Vallarta a su abuelo, Sotero Castillo. Esto pasó cuando Ricardo se enteró que Rodolfo, junto con el Roqui y el «Gordo» Mercado, miembros del colectivo Cólera, irían a Vallarta a dar un recital de poesía invitados por el Che, que quería transformar al PRI desde dentro. Cuando Rodolfo preguntó por él, los ejidatarios que estaban reunidos ahí soltaron la risa; particularmente la carcajada de uno de ellos hizo retumbar la oficina.

Pensé tener frente a mí ese mismo día al dichoso abuelo. El pobre viejo sentado en un equipal parecía derrumbarse como un cerro de piedras, pero no; ahí estaba vivito y coleando, fumándose un puro.

Mi mamá era originaria del Cuale... de aquí arriba de los ranchos que están por el río... Mi abuelito era medio español... era blanco con los ojos azules... y mi papá también... Pero mi abuelita era india... y mi mamá también era india... Casi un ochenta o noventa por ciento...

El papá de Ricardo, el Amarillo, tomó un cigarro de su cajetilla y se lo llevó a la boca, de la mesa tomó la cajita de cerillos. Encendió su cigarro y apagó el cerillo con el humo exhalado. Del fajo de puros que había en la mesa le ofreció uno a quien, pensé yo, era Sotero Castillo, pero él le indicó que ya tenía uno. Muy comedido, nos sirvió tequila en unos vasos tequileros a Beatriz y a mí, diciendo: «Lo tradicional en la costa es la raicilla, pos a ver si les gusta esto». Mientras servía, nos preguntó que con quién tenía el gusto de conversar y le contesté que con Beatriz y Dante. Ella y yo tomamos un poco de sal, lamimos la piel entre nuestro pulgar y el dedo índice, colocamos ahí sal y se adhirió a la humedad que dejó nuestra saliva.

Teníamos en una mano un trago de tequila y en la otra una rodaja de limón, lamimos la sal y tomamos el trago, chupamos la rodaja después de beber. Él tomó una silla del comedor y la montó para iniciar la entrevista. Con su gesticulación parecía decir «el espectáculo va a comenzar». El presentador inclinó su cabeza y dijo: «Les presento a Sotero Castillo y a su servidor, el Amarillo. Aquí tienen ante ustedes nada más ni nada menos que a la famosa mancuerna de *La tierra pródiga*». Únicamente le faltó decir «¡Qué dé principio la función!».

Le pregunté al Amarillo: «¿Cómo fue que llegó a la costa?». Beatriz puso a funcionar la grabadora: «Pude llegar a la costa con el apoyo del general y luego gobernador. Yo era un jovencito, aunque para ese entonces ya había sido ganadero; pero donde hice mi dinerito fue en el comercio de bienes entre la costa y el altiplano. Vivía entre Sayula y Purificación, al sur de Jalisco. En un camión destartado bajaba a la costa con mercancías de rápido consumo: alcohol, gasolina, cerveza, refacciones, comestibles, manta, percal, mezclilla, y subía a la sierra con cargamentos de maíz, frijol, arroz, tabaco, caña, coco, plátano, cidras, limones. Soy originario del sur de Jalisco. Nací en uno de sus municipios más bellos, en Tonaya, pero también uno de los más pobres de esa región. Ahí con mi hermano Juan producimos este tequila llamado Súper Tonaya».

Aunque dicen que es pata salada... porque sí... todavía unos... ¿No se ha fijado que andan a raíz?... Por viejos pues... todavía hay algunos que no se ponen guaraches... andan de pie a raíz... Pata salada yo también duré un tiempo que tenía mis huaraches... pero como me fui a Nayarit allí andaban a raíz y luego el quehacer del corte de coco... del coquito de aceite... Pues le da a uno flojera andar con los huaraches... Andaban todos a raíz. Ah, pos yo también... y todo el tiempo que duré allá seguro que se me engruesó el cuero y ya vine a mi tierra y allá anduve a raíz... Nomás que ya unos amigos allí que había un día los oí: «¡Vale, qué buenos huaraches traes!»... Lo decían por mí... Entonces ya fui a comprar y ya no me los aflojé...

—Beatriz, Dante, un día estaba en Purificación, redondeando mis negocios. Tomaba cerveza a las doce de la noche en la tierra de mi señora esposa, oriunda de ese lugar, cuando unos herederos de tierras en la costa me propusieron vendérmelas, me las ofrecieron muy baratas. A estos vales no les había sudado el lomo para hacerse con ellas. Ahí me tienen comprando las primeras tierras en la costa sin conocerlas. Creo que ni los vales que me las vendieron las conocieron. Así obtuve las tierras de lo que sería el puerto Los Ángeles de Tenacatita.

»Me trasladé acompañado del doctor Fernando de la Suerte y con gente armada. Ellos se impresionaron con la soledad de los bosques vírgenes y, además, con los encuentros con hombres armados en los cerros, que a pesar de que iban bien armados, que se me devuelven junto con el doctorcito. Me quedé únicamente con un hombre armado que me servía de guía.

»El señor general Marcelino García Barragán, en aquel entonces gobernador de Jalisco, me mandó llamar para preguntarme cuál era mi programa, y le contesté: «Estoy colonizando la costa». «Cuenta con todo mi apoyo», me dijo. A los tres meses nombró un comité bastante fuerte de banqueros e industriales con el propósito del desarrollo de la costa; de esta manera secundó mi labor y contribuyó a lo que habían nombrado la «Marcha hacia el mar».

»Empecé a desmontar las tierras en el mes de febrero de 1943. Ese desmonte en Tenacatita, efectivamente, lo inicié tres meses después de que el general ganó la elección para gobernador de Jalisco. Por cierto, le regalé por esas fechas El Tecuán, una propiedad de 941 hectáreas y cuatro kilómetros de playas, con una laguna interior de 80 hectáreas, entre Tenacatita y Cuixmala. Aún tienen esa propiedad los descendientes del general. Esa fue la mejor manera de garantizar su apoyo para lo que yo quería hacer en Tenacatita. Nada es gratis.

»Junto con mis hermanos Andrés y Juan, echamos a andar el negocio agrícola tierra adentro, en Apazulco. Nuestros enganchadores contrataban como braceros a campesinos de los Altos, que eran llevados en tren a Manzanillo y de ahí en barco a Tenacatita. Esa fue la idea original: hacer un puerto apropiado en la propiedad de Tenacatita para sacar por ahí lo que se

producía: coco, papaya y mango. Todo era para prosperar. De eso se trataba: de trabajar para prosperar.

»Amigos, eso es trabajar. No como los escritores y los periodistas que tienen sus manos como de señoritas por no trabajar como hombres.

»Miren, para que se den una idea del tamaño de la empresa, ni los colonizadores de la Nueva España quisieron establecerse en las costas. Los únicos puertos en los que comercializaron los gachupines fueron Veracruz y Acapulco. Las demás poblaciones ubicadas en el resto de los litorales estuvieron condenadas a vivir aisladas y pobres. Lo único que les llamó la atención a los españoles aventureros de la zona costera de la Nueva Galicia fueron los bancos de perlas que buscaron afanosamente.

»La zona costera de la Nueva Galicia empezó a tener relevancia mucho tiempo después. Fue hasta que México le declaró la guerra a los países del Eje en mayo de 1942 que se contrajeron serios compromisos internacionales. El embarcadero Las Peñas ya había sido legalmente reconocido en 1885 como puerto de cabotaje, pero fue hasta en plena Segunda Guerra Mundial que se embarcaron ahí de veintitrés hasta mil cuatrocientas toneladas de coquito de aceite. El gobierno gringo lo utilizó para elaborar bombas incendiarias de napalm y lanzallamas. A su vez, ingresaban al puerto de cabotaje tanto los insumos y la maquinaria que demandaban las haciendas en beneficio de los centros mineros, así como una gran variedad de artículos de lujo que adornarían algunas residencias de Talpa y Mascota. Las haciendas El Coxio, Ixtapa, Coapinole y Las Palmas se dedicaron principalmente a la actividad ganadera.

»La preocupación fundamental en ese entonces fue aumentar la producción de alimentos básicos para asegurar, en primera instancia, la demanda nacional y luego la de los países aliados. Para cumplir con este objetivo fue necesario conectar las zonas costeras que hasta entonces se mantenían incomunicadas. Por ejemplo, para enlazar el sur de la costa jalisciense con Guadalajara y el resto del país, el general Marcelino García Barragán consiguió, a fines de noviembre de 1943, un préstamo de tres millones cuatrocientos mil pesos en el Banco Nacional Hipotecario, y organizó un comité Pro-Economía de la Costa en 1944 para impulsar la

producción. La construcción de la carretera de Talpa al Tuito y la de Autlán a Barra de Navidad constituyeron la primera fase de apertura de caminos.

»Yo soy de los caciques de la revolución de la costa de Jalisco, de los que surgieron durante el gobierno de Marcelino García Barragán. Su sucesor, Jesús González Gallo, consolidó nuestro poder. Miren, el licenciado González Gallo no sintió nunca interés por la costa de Jalisco, a diferencia de García Barragán; sin embargo, heredó una situación explosiva: miles de personas —campesinos, ganaderos, algunos mineros— vivían en esta parte del Estado donde, por su carácter inaccesible —estaba lleno de montañas, selvas, ríos—, el gobierno no tenía ni podía tener autoridad alguna. Frente a esa situación, González Gallo optó por lo más fácil: nos apoyó para que controláramos militar y políticamente estos rumbos. Como nosotros garantizaríamos la paz en la región, nos dio autoridad.

»Luego, cuando Agustín Yáñez fue gobernador, en la opinión del autor de *Pedro Páramo*, él fue quien abrió la brecha pacífica para encarar a los señores feudales de la costa y, de paso, a las trampas de las que se valían para obtener el poder: leyes propias, papel moneda de circulación recurrente, agio, soborno, policía privada, enganche y asesinato, humillación, hipocresía, mentira, escamoteo y, frente a esto, la amenaza solapada.

»Los señores feudales de la costa de Jalisco en el periodo de Agustín Yáñez eran varios. Estaban los Rangel en el Valle de la Resolana. O los Guzmán y Guzmán en el norte, allá por Mascota, con influencia en la frontera con Nayarit. Había, además de caciques patriarcas, gente más positiva, como don Agustín Flores, quien gastó su fortuna en escuelas para los niños pobres de Puerto Vallarta.

Pues ahí en el rancho donde estábamos nosotros hay puros familiares... en ese tiempo... por ahí puros compadres y ahijados... Yo tengo ahijados ya viejos... ya grandísimos... ya casi más grandes que yo... en el campo, arriando vacas y bestias y eso...

—El mismo autor que les menciono, como todos los autores de literatura, exageró también con que yo era uno de ellos, afirmó que yo era el dueño de la Vena de los Locos y de la Playa de los Arcángeles, y que soñaba con una plaza de toros sobre el mar. —El Amarillo se dirigió especialmente a mí—. Y que le regalé a Rossana Podestá un pedazo de esta parte del océano Pacífico. Pue' sí, sí es cierto que le regalé a Rossana Podestá un pedazo de esta parte del océano Pacífico. —Me guiñó uno de sus ojos—. Usted me dará la condenada razón cuando vea la película *La Red* de Emilio Fernández, filmada en Cuyutlán, Colima. Si la ve entenderá por qué se lo regalé. Es más, le hubiera regalado otro pedazo de tierra a la actriz Sue Lyon de tener tierras acá en Puerto Vallarta. Nomás vea la escena cuando la jovencita se baña en el mar con Richard Burton en la película *La noche de la iguana*.

Fueron once y su padre se llamaba Francisco Águila y su madre se llamaba Delfina Cortes... Dicen que él nació el primero de marzo de 1908... Ahorita ha de estar pisando los ochenta y tres años... parece mentira, ¿verdad?

—Beatriz, Dante, una de las personas a las que traté por esas fechas fue a Guillermo Gargollo Rivas, sobrino de Antonieta Rivas Mercado, la musa de los contemporáneos, esos poetas que en el aire la componen y que les duele todo, hasta el sombrero; tenía intereses agrícolas en la hacienda de Cuixmala, al norte de Tenacatita. En uno de sus viajes a la costa, le pedí la maquinaria que tenía en Cuixmala para hacer un camino de acceso a sus playas de Tenacatita. El amigo me tenía miedo porque yo andaba siempre con una pistola fajada al cinto. Guillermo me propuso que me quedara con sus buldóceres a cambio de asumir el crédito que él había adquirido con el Banco Nacional de Crédito Agrícola, pero las cosas no funcionaron. En 1952 el Banco Nacional de Crédito Agrícola me suspendió todos los créditos.

»Nomás por eso me inventaron que yo era un hombre muy bravo y muy cabrón, que maté a mucha gente. ¿¡Cuál!? Además, acá era necesario cargar una pistola, hasta dormir con ella debajo de la almohada. ¡Amigos, en aquel entonces hasta un director de cine traía una pistola fajada en el cinto!

»Fue entonces cuando busqué a un nuevo socio: Miguel Ochoa. Era un hombre de empresa, de mucha capacidad para aquilatar el potencial económico de la bahía. Claro que era ambicioso como yo; tenía toda la ambición de quedarse con las propiedades. Por lo pronto, juntos echamos a andar el proyecto de trabajar con el tema del turismo. Fue cuando Miguel conoció en la playa de Tenacatita mi hotelito de siete cabañas. A ese lugar llevé artistas, políticos y hombres de negocios.

Fue cuando interrumpí al Amarillo con la pregunta de cómo construyó su hotelito y él respondió:

—Mi amigo, el viejo maestro albañil Joseph Medina, fue quien me ayudó a construirlo. Cuando me traje a Joseph a construir las cabañas en Tenacatita tuvimos mucho tiempo para platicar. Él me platicó cómo llegó a las tierras de la costa jalisciense antes que yo. Así es, mi amigo de muy joven caminó por todas las rancherías de Vallarta hasta Manzanillo acompañando a su pastor Jones a predicar el evangelio por estos lares. Yo escucharía años después a Joseph de bien a bien en Cihuatlán. Figúrense, ya a más de sus sesenta años ayudó a los tapatíos a construir en Guadalajara sus primeros fraccionamientos, a los que llamaron colonias. En la Ciudad de México colaboró en la construcción del fraccionamiento de Polanco. Allá conoció, entre otros, al Dr. Suerte, a quien ayudó en la construcción de su fraccionamiento en Lomas del Valle, en Zapopan. Joseph andaba en sus dieciocho años cuando ayudó a su pastor Jones a construir el santuario de su iglesia en la orilla poniente de Guadalajara, por la calle conocida ahora como Rayón, entre Libertad y La Angloix, en la colonia Americana, como a unas tres cuadras de Tolsá, rumbo al centro de la ciudad.

»Joseph conoció a Jones dada una circunstancia, diríamos, histórica, cuando Juárez como presidente buscó el apoyo de los protestantes porque él consideró que los mexicanos necesitaban de una religión que los obligara a leer y no a gastar sus ahorros en cirios para los santos. El misionero Salvador Marchisio fue el primerito en tomarle la palabra al presidente en

aquel entonces. Llegó a México en 1888, acompañado del pastor J. D. Jones, que luego sería el encargado de realizar la obra misionera en Guadalajara. Jones comulgó con las ideas de William Miller, predicador laico bautista, militar, campesino y jefe cívico por el este de Nueva York que predicó el segundo advenimiento de Jesucristo a la tierra para el 22 de octubre de 1844, que, por cierto, le falló el cálculo; pero ahí tienen al pastor J. D. Jones predicando el evangelio en 1898 en Guadalajara, urgido por el advenimiento de Jesucristo.

»Jones iba al mercado de Mexicaltzingo a comprar su despensa de cada semana y llegaba con el papá de Joseph. El papá de Joseph se llamó Matías Medina y su hijo lo apoyaba en el puesto de verduras que tenía en dicho mercado. Joseph en realidad se llamaba José, pero Jones literalmente lo bautizó como Joseph. Un día, Jones le preguntó al papá de Joseph que si no quería que su hijo aprendiera el oficio de albañil porque él iba a necesitar ayuda para construir su iglesia. Ahí tienen a Joseph de aprendiz de albañil, y con el hecho de estar oyendo el evangelio una y otra vez, que llega la conversión del futuro maestro albañil.

»Joseph acompañó a Jones en su segundo viaje al puerto Las Peñas para predicar el evangelio. Jones usó como pretexto ser testigo de la ceremonia de cambio de nombre de Las Peñas a Puerto Vallarta y su elevación de comisaría a municipio. En este viaje coincidieron con un tal Quintero, originario de Mascota, quien tenía una botica en puerto Las Peñas. En la estación del ferrocarril de Guadalajara lo conocieron de vista. Coincidieron en el viaje al puerto en el año de 1918. Viajaron por ferrocarril todo el día. Al llegar a Colima, pernoctaron en un mesón. Jones y Joseph a la mañana siguiente saborearon un rico desayuno en el portal.

»Jones vestía camisa y pantalón blanco de tela diáfana y sombrero Panamá; Joseph, unos pantalones de mezclilla y camisa a cuadros. Luego del desayuno se trasladaron en un tranvía tirado por mulas a la estación del ferrocarril. Para aliviar el calor, en el andén tomaron un jarro de tuba que las mujeres vendían en sus cántaros. La tuba es una bebida que se saca de los cogollos de las palmas del coco de agua. Es muy común ver a la gente en Colima montar en una palma de coco de agua para extraer la tuba.

»Abordaron el ferrocarril para viajar a Manzanillo. Allí el mejor hotel se regentaba por chinos. El mejor es un decir, hijitos, porque no tenía agua y los baños eran unos comunes: tenían unos cajones altos para subir al trono que requerían de escalera de mano. En Manzanillo había escasez de agua. Las familias acomodadas en sus casas tenían aljibe; la población general compraba agua que se vendía por las calles, acarreada en botes, a lomo de burro. Así que para dormir Jones y Joseph prefirieron acomodarse en el jardín de la calle principal de Manzanillo, donde pudieron escuchar la música de una serenata. Desde el jardín contemplaron las casitas enclavadas en el cerro que parecían suspendidas en el espacio; fue lo último que contemplaron al conciliar el sueño.

»Al otro día, abordaron un pequeño barco carguero que era comandado por un tal Tomás. Se acomodaron en la cubierta en una colchoneta donde dormirían junto a su carga. En el viaje por mar se pasaba por Barra de Navidad, por las ensenadas del Tamarindo y por marejadas de olas gruesas y gigantes al paso por Cabo Corrientes, donde se podía contemplar el potente faro construido por Porfirio Díaz. Cuando había mal tiempo podía tomar hasta treinta y ocho horas anclar en la bahía de Banderas, frente al puerto Las Peñas.

»Recostados en el colchón, pudieron contemplar de madrugada cómo salía una pareja nupcial del camarote que les había prestado el capitán. También sobre la cubierta ya estaban los esposos Godínez, el joven Salvador y la señora Lola. La tripulación empezó con la maniobra de llevar al carguero las canoas para desembarcar; Quintero, a bordo de una, se presentó a sí mismo y luego les presentó muy formalmente a su esposa.

»Las olas reventaban en la playa cargadas de fosforescencia porque todavía no amanecía. Los marineros pararon de remar para esperar la llegada de la ola «la callada», que les ayudaría a deslizarse suavemente hasta llegar a la playa Rosita, que funcionaba en ese entonces como muelle. En esta playa había un faro, y en 1948 se construiría con arquitectura serrana un hotel.

»Al desembarcar, ellos llegaron puntuales a tomarse un vaso de leche porque de madrugada, en las puertas de la mayoría de las casas del puerto, se ordeñaban vacas. El litro de leche se vendía a ocho centavos.

»De esta manera, Joseph pudo ser testigo de la ceremonia del cambio de nombre de Las Peñas a Puerto Vallarta, presenciar cómo pasó de ser una comisaría a tener calidad de municipio. Me platicó con lujo de detalles la gran fiesta. Se cantó el *Himno nacional*, hubo aplausos y vivas, música, regatas en el mar, palo encebado y serenatas. En lo sucesivo, a partir del 31 de mayo de 1918, a Las Peñas se le denominó Puerto Vallarta, un puerto de cabotaje con alrededor de dos mil habitantes.

»Jones en ese viaje le contó a Joseph cómo llegó por primera vez al puerto Las Peñas para predicar el evangelio. Don Cenobio, el arriero de mercancías del mineral del Cuale, traía y llevaba mercancías de la costa al mercado de Mexicaltzingo en Guadalajara, y del mercado al rancho Las Peñas y otros ranchos por el rumbo. Fue en el mercado de Mexicaltzingo donde Jones conoció a don Cenobio y, un día, este se trajo al rancho Las Peñas al pastor Jones. Jones a lo que venía era a predicar el evangelio y terminó ayudando al arriero Cenobio a trazar el plano y el alineamiento de Las Peñas. Don Cenobio era incapaz de trazar, alinear o hacer anotaciones de estos lares para la posteridad. —Señalándonos el plano con su índice, lo único que alcanzamos a distinguir desde el lugar dónde estábamos sentados Beatriz y yo fue un papel todo amarillento al lado de un marco de madera rústico. Luego visto el plano con más cuidado, se puede apreciar a Las Peñas con 485 casas esparcidas en una franja a lo largo de la playa. En la parte baja había cinco o seis calles mal empedradas y solo dos tenían machuelos. En el barrio alto, a falta de calles, se pretende dibujar veredas tortuosas y empinadas que serpentean entre tabachines, ciruelos, según la descripción—. Beatriz, Dante, Joseph me contó el relato de Jones de cómo don Cenobio lo trajo hasta aquí, el viaje fue toda una odisea porque se hacía por caminos de arriería a lomo de mula, burro o caballo. Todo dependiendo del dinero que tenía uno. El arriero era el dueño de los atajos. En aquel tiempo, para contratar uno se cobraba hasta un peso por bestia. Los arrieros las entregaban ensilladas; ellos pagaban el forraje y el maíz de los animales.

»El primer tramo era de Guadalajara a Ameca, un camino lleno de cuevas empinadas, por eso hasta a un cerro lo nombraron el Espinazo del Diablo. Una vegetación de pinos y encinos oxigenaba el camino. El segundo tramo del viaje era de Ameca a Mascota; tras dos días de

cabalgata, se llegaba a la casa de un conocido de don Cenobio. La gente de Mascota era hospitalaria: prestaban el corredor de sus casas; los viajeros se tendían petates y a dormir. No había mesones como en Guadalajara.

»De día, después de un desayunito, el viaje proseguía por haciendas y rancherías. Dos días para atravesar una cordillera de montañas muy elevadas, como el cerro del Cabro, el cerro de Barandillas, montañas tupidas de pinares y abetos que coloreaban la vista de un verde oscuro, hasta llegar a Atenguillo, un lugar de tierras muy fértiles. Aguas cristalinas de cañadas surcadas de cascadas y arroyuelos forman zanjas que cruzan estas tierras. Adornaban esos bosques pájaros cantores, jilgueros, cenizos, mirlos y canarios que embellecían con sus trinos el espacio. Al escalar por el cerro del Cabro, y una vez que se llegaba a su cumbre, en el horizonte aparecía una franja de color azul verdoso que contrastaba con el verde oscuro de la arboleda que lo rodeaba a uno con un susurro suave del viento.

»A esa altura, yo la calculo en unos dos mil metros sobre el nivel del mar, fue el lugar en el cual Jones y acompañantes se detuvieron, y Jones aprovechó para elevar un himno de alabanza al Creador. —El Amarillo, a su vez, tomó la Biblia que tenía a la mano y leyó en voz alta—: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra la impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron las gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido».

»Jones, además de leer este pasaje de su Biblia, que sacaba al menor pretexto, aprovechó para explicar el pasaje a los que le acompañaban en el viaje y, por supuesto, les habló del advenimiento de Jesucristo.

»Contemplaron y admiraron a altura de las montañas todo hasta llegar a San Sebastián. Luego, de nuevo la marcha, prácticamente desde ahí hasta descender hacia la costa, donde se sintió el cambio, como si la selva fuese cada vez más espesa por el vaho candente que despide la vegetación de

palmeras, higueras liadas con cuamecates y variedad de plantas tropicales hasta estrangularlas. Aves que cruzan el cielo, guacamayas en bandadas, pericos gritones y miles de avcillas. Cuando se tropezaban con un riachuelo, a las bestias se les permitía beber, para después emprender la marcha hasta llegar a los terrenos de la Unión del Cuale. En esos días, de San Sebastián se pasaba a la congregación la Estaca, a los ranchos Palmillas y Puerto de Abajo, a las haciendas las Palmas e Ixtapa y, por último, al rancho Pitillal, para luego llegar a puerto Las Peñas, en la Ensenada de Banderas, donde descansan las aguas azules del Pacífico. Así que Jones caminó por los senderos que conducían a Mascota y a los minerales de San Sebastián y del río Cuale al puerto Las Peñas.

»Jones no fue el único en hablar con palabras bíblicas por estos lugares. Todo el que venía por acá, en aquellos días, pensaba que este lugar era casi el paraíso. Don Guadalupe, que vivía en Cihuatlán, un día compró algunos pescados y preguntó su procedencia. Le dijeron que eran de la desembocadura del río Cuale y así fue como decidió visitar el sitio para regresar a Cihuatlán con mucho pescado para vender. Al ver el campamento de los pescadores Cenobio Joya, Jesús Tovar e Hilario Rodríguez, quedó impresionado por la belleza del lugar. En la boca de este río abundaban mangos, aguacates, ciruelos, limoneros, guayabos y otros árboles frutales. Los marineros de los barcos de las compañías navieras que atracaba en Las Peñas para cumplir los convenios establecidos con ciertas casas comerciales, como la Baumgarten, Maisterrena, y la Guzmán Barraza y Compañía, necesitaban pescado para alimentarse. Don Guadalupe aprovechó que Bucerías era el fondeadero en donde se reunían algunos habitantes de Compostela y Valle de Banderas, allí esperaban la llegada de las barcas que venían de Yelapa y de Quimixto, lugares donde, por cierto, se fabricaban canoas de una sola pieza con el tronco del árbol de huanacaxtle o parota, y se vendían en la desembocadura del río Cuale. Don Guadalupe adquirió una canoa para traer la sal desde las Islas Marías a la desembocadura del río; de ahí, los arrieros se encargaban de transportarla a las minas de la compañía minera Unión Cuale, que se fundó en 1854.

Dicen que él no se crio en el Real... nomás nació allá y como a los tres años... pues su madre y su abuela andaban siguiendo los minerales, ¿verdad?... Había trabajos en las minas... entonces aquí había un mineral... De ahí se fueron allá a Santo Domingo... había otro mineral grande... Y ya tendría como tres años cuando lo trajeron aquí al mineral de Cuale... Tendría como tres años y ya ahí se quedó... Ya de ahí se vino como de unos dieciocho años para acá y aquí está todavía... Mire, pos... como le digo, andaba como la papa buna... Se fueron allá a las Jiménez y de ahí se vinieron aquí a Cuale... Ahí donde se crio él había mucho rancho con ganado, que era la Unión de Cuale... Le nombraban a una compañía... que había entonces desde aquí... Acá arriba nomás está un rancho que lo nombran los Almacenes... enseguida, la otra... las Guásimas... el Jorullo... los Diablitos... el Agua Caliente... la Soledad... Bueno, todos esos ranchos... Zapote... los Lobos... Todos esos ranchos tenían ganado... Además había animales salvajes... este... jabalíes... tejones... ardillas... armadillos y todo...

—Don Guadalupe, al enterarse que el accionista y apoderado general de la mencionada compañía minera, el licenciado Jesús Camarena, visitaría el lugar junto con sus hermanos, le pide que le permita a él y a sus amigos los pescadores construir allí sus casas. Camarena accedió y le indicó una extensión de terreno para que levantaran sus viviendas al pie de la peña más grande de todas las peñas de alrededor. El paisaje hacía de este lugar un sitio propicio para un asentamiento permanente, por lo que no dudaron en fundar el rancho Las Peñas o Peñitas. Los nuevos colonos se dedicaron a la agricultura y a la ganadería, algunos, por deseo expreso de los hermanos Camarena, a la recolección de coquito de aceite que había en la selva de Cabo Corrientes hasta San Blas. El coquito de aceite se enviaba a la industria cosmética y del jabón, a Tepic y Guadalajara.

Imagínese esto... Cuando él nació era un rancho... era un pueblito... puras casas de palapa y una que otra de adobe, ladrillo... Lo que es horita, no...

eso ya se vio después... Mire, la escuela de nosotros, para que usted tome bien en cuenta todo... Sí, lo recuerdo, como si ahorita fuera... Era la calle... Había un árbol enfrente de lo que es la plaza... un árbol grande y como de chiripa... estaba otro aquí... Era la escuela de nosotros y acá las niñas donde es orita la presidencia municipal, y lo que abarca toda la cuadra eran casas de adobe y otros eran solares nomás... bardeados... adobe y eso... y cuando llovía o algo ni lecciones ni nada... corríamos como pájaros... corríamos a las casas a meternos... Él ahí nació... por esta calle de aquí... donde está el zacatón a media cuadra... Allí nació... Fue el lugar donde hubo el primer molino de granos de nixtamal enfrente de lo que es orita el hotel... un hotelito que hay en medio de la cuadra... Había otro molino pero allá donde está el hotel Rosita, enfrente... casi entre el monte... Ese era de un señor que se llamaba Alejandro Jadiel... era gringo...

—Don Guadalupe y los habitantes del rancho Las Peñas, por cierto, construyeron sus chozas con el material de las palmeras del coquito de aceite, con sus troncos, su corteza y sus hojas. A esas construcciones costeñas en la desembocadura del río Cuale les llamaron «pajaretos». —El Amarillo se volvió a levantar de su asiento y nos enseñó una fotografía del rancho Las Peñas o Peñitas, edificado con los dichosos pajaretos. Luego retornó a su silla y continuó—: En el tiempo de don Porfirio se formaron también otras haciendas: San José, San Vicente, el Tecomate, el Colomo, Jarreteras, Garra de Cuero. Las Peñas se convirtió en el lugar de residencia de aquellos hacendados. Posteriormente, el caserío erigido en la desembocadura del río Cuale creció con la llegada de nuevas familias de Mascota, San Sebastián y Cuale, por lo que su paisaje costeño construido con pajaretos se empezó a sustituir por construcciones al estilo serrano, que imitaban a las casas construidas en la sierra de Mascota y San Sebastián.

»Desde entonces a Joseph, el maestro albañil, una idea le causaba revuelo en su cabeza: quería fundar una ciudad refugio que imitara las ciudades construidas por los israelitas. Joseph soñó con levantar una ciudad de asilo porque se consideraba bueno para la construcción. ¿Cómo ven, Beatriz y

Dante? Joseph soñó con ser constructor de una ciudad donde se pudieran refugiar los homicidas que han matado a alguien sin querer, un refugio contra el vengador de la sangre derramada. Joseph me platicó cómo aprendió de Jones que Dios mismo instituyó la norma del homicida involuntario, cuando este huyera a una de estas ciudades, se detendría ante la puerta de ella y expondría su caso a los ancianos de la misma; estos le recibirían y le darían habitación. De esta manera, el culpable involuntario se salvaría del vengador de la sangre que lo perseguía, el culpable se salvaría porque mató a su prójimo sin querer, sin odiarlo.

»El buen Joseph realizó su propia interpretación del pasaje de Caín y Abel de la Biblia. Para Joseph, Caín no había querido matar a Abel. Según mi buen amigo pensaba, Caín no odiaba a su hermano, su intención era otra: solo quería que Yahvé lo reconociera a él como hijo, pero acabó en el destierro construyendo ciudades que, al terminar, él tenía que abandonar porque inmediatamente la sangre de su hermano la invadía reclamando venganza. —El Amarillo se levantó una vez más de su silla, se dirigió a la pared embardunada por pinturas, fotografías y mapas, señaló con su dedo índice un marco y nos dijo contener la reproducción de la ciudad celestial de la Biblia del diablo—. Miren, este es el tipo de ciudad que quería construir mi viejo amigo. Desde joven soñó con construirla en el puerto Las Peñas. Su deseo fue edificar una ciudad de asilo, una ciudad que le sirviera de refugio al homicida involuntario contra el vengador de la sangre derramada. Una noche en la que platicábamos de esto y otras cosas, el viejo dijo muy serio: «La sangre del hermano de Caín se mezcló con la sangre de los hombres asesinados en la Playa de Los Muertos».

Rodolfo interrumpió mi relato esa noche en la funeraria para comentar que en la entrevista al Amarillo, el mismo Amarillo se convirtió en el Virgilio de mi imaginación y que, literalmente, tenía a mi lado a mi Beatriz.

SEGUNDA PARTE

El sábado, después del cóctel, me quedé leyendo la novela y el domingo en la noche lo mismo. Fue por eso que ya no acompañé a Beatriz al desfile de modas. Ya en la madrugada del lunes, Beatriz tocó a la puerta que comunicaba nuestras habitaciones. Tomó la iniciativa y el control de todo.

—Eres una calamidad, Dante. No eres nada cariñoso. ¿Sabes quién sí es amoroso conmigo?

—¿Quién?

—Ricardo. Él sí que sabe hacer el amor.

Avergonzado, traté de justificar mi pobre actuación amorosa. Le comenté que me había desvelado leyendo la novela. Tomé la novela en mis manos y la señalé con el dedo índice.

—Oye, de verdad que estás obsesionado con esa novela. ¿De qué trata?

Tomé una posición docta; intentaba restablecer, según yo, mi honor varonil manchado esa madrugada, y adopté ante ella un estúpido papel magisterial.

—La novela se inscribe en la tradición literaria jalisciense. Yáñez centró su discurso literario en la costa de Jalisco. *La tierra pródiga* es un conjunto narrativo de diecinueve capítulos en el género del relato de viaje o crónica. Esta obra se elaboró en dos fases: de abril a agosto de 1958 y de abril a agosto de 1960. —Ella cubrió su cuerpo desnudo con la sábana de la cama y se cruzó de brazos, mientras yo proseguía con una voz hipostasiada, imitando un tono ridículamente académico—. La novela describe, más que la continuidad de los sucesos, el estallido prefigurado por las luchas entre el viejo cacicazgo porfiriano, los nuevos caciques revolucionarios y los futuros caciques: los tecnócratas. —Ella, sin dejar de escucharme, tomó la carta del servicio del restaurante del hotel, mientras yo continuaba con mi clase de profesor de Letras Hispánicas—. El narrador omnisciente describe a los personajes como arquetipos del cacique producto de la Revolución mexicana. El ingeniero es el arquetipo del funcionario del gobierno que en su discurso destaca la promoción agrícola y turística como negocio

mercantil y, por supuesto, con ello, la vinculación de la costa con el desarrollo y el progreso. —Beatriz ojeaba el menú de la carta y yo continuaba con mi pobre clase—: El sistema de valores que transmite el discurso literario de Yáñez nos presenta mucho más que su postura regionalista, dado que él pasa en su discurso del alegato ideológico-político al apologético de la acción del promotor. Para el autor, el promotor garantiza la tranquilidad de la costa al eliminar a los caciques causantes de disturbios y sembradores de muerte y la confianza renovada en el Estado con funcionarios honrados a carta cabal que se desviven por el bien del país.

Beatriz descolgó el auricular del teléfono y lo tapó con su seno desnudo.

—Amorcito, tu discurso suena demasiado forzado. ¿De qué libro lo sacaste? ¿Y qué tiene que ver el papá de Ricardo con todo esto? No me dirás que el papá de nuestro querido amigo es un personaje literario.

Mientras ella marcaba el número de servicio de restaurante a la habitación, rápidamente traté de explicar:

—Toda novela en clave tiene un referente; el personaje literario protagonista de esta novela tiene como referente al papá de Ricardo.

—¿Podría enviarme, por favor, un jugo de naranja, un café americano y unos huevos a la mexicana al cuarto 404? —Volvió a tapar el auricular y me preguntó—: ¿Tú qué quieres?

—Lo mismo —le contesté mecánicamente.

—Por favor, Dante, tengo muy buena imaginación. A ninguno de los viejitos que conocimos ayer le vi cara de personaje literario. Y lo del papá de Ricardo... ¡Hombre, como si no lo conocieras! Es una de sus tantas bromas que ya nos ha hecho. No, Dante, no. A mí Ricardo me dijo que veníamos a recoger datos por medio de las encuestas que yo diseñé para el Diagnóstico Sanitario de la Infraestructura Turística de Puerto Vallarta. Debemos actualizar los datos del estudio de los efectos socioeconómicos del turismo y te ayudaré con el trabajo de campo para tu estudio de caso de los ejidatarios. Ojo, Dante, venimos a trabajar. Ricardo nunca me dijo que vendríamos a buscar a su papá, y menos a su abuelo. Cuando tú me preguntaste y me comentaste sobre él, no te dije nada porque pensé que era broma. Yo solo te seguí la corriente. Querido Dante, no te confundas, la

literatura es pura ficción. Nosotros hacemos trabajo científico social, somos objetivos, no inventamos nada como los escritores.

Nuestro diálogo continuaba pero se interrumpió con el toque de nudillos en la puerta de la habitación. Di unos saltos para abrir.

—Por favor, póngalo ahí. Gracias —le dije al mesero. Después del desayuno, ella se retiró a su habitación. Sin más, fui directamente al teléfono—. Por favor una llamada al número 54493009, extensión 5433, con Ricardo Guerra Castillo, a la Ciudad de México. Por cobrar, de parte de Dante Vargas. Gracias.

Era el mediodía del lunes. Cuando Ricardo me contestó, lo primero que le pregunté fue:

—¿Tú te llamas Ricardo? ¿Ricardo Guerra Castillo?

Miguel, mi compañero de trabajo de investigación, amigo y filósofo, me platicó que muy seguido confundían a nuestro amigo con un Ricardo Guerra Tejeda, un filósofo cofundador de un grupo importante en la cultura mexicana de los años cincuenta.

—Sí, Dante, Ricardo, Ricardo Guerra Castillo —me contestó.

—Encontré a tu papá, e incluso a tu abuelo. Encontré a la mancuerna de *La tierra pródiga*.

Para el domingo de la segunda parte de la entrevista con el Amarillo, después de la comida, calculamos el tiempo suficiente para la siesta de los ancianos. Beatriz y yo esperamos en el *lobby* del hotel a que nos consiguieran un taxi para dirigirnos a la calle Vicente Guerrero. Al llegar pudimos observar la preparación minuciosa del escenario para la entrevista: de entrada, el lugar lucía bien barrido y trapeado, y todo muy bien acomodado. En el centro de la mesa del comedor había un florero con buganvillas rojas recién cortadas y al lado, una botella de tequila con cuatro caballitos; además, un fajo de siete puros, una cajetilla de cigarros y unos cerillos. Sobresalía una Biblia desgastada por el uso.

Nos acomodamos en los equipales, mis primeras preguntas se refirieron a cómo y cuándo conoció a Joseph Medina, e inmediatamente me contestó:

—Pues ahí tienen que lo conocí en la Ciudad de México. Nos hicimos tan buenos amigos que me lo traje en una avioneta que abordamos en Ixtlán del Río, Nayarit. Fue el segundo de los viajes de Joseph a la costa jalisciense.

Bueno... pues... este... pues... Si es relacionado con Vallarta con aquel tiempo... pues un ambiente lleno de necesidades... sin turistas... Era un pueblo de pescadores... de gente dedicada al campo... En aquel tiempo yo oía comentarios... Por ejemplo, en la comunidad agraria... las propiedades que le daban a cada agrarista... si era panorámica no la aceptaban porque la querían para sembrar... pero entonces ya con el tiempo se arrepintieron porque la colonia residencial ahorita está en esos lugares que ellos no aceptaron... Todo vino a transformarlo la película de La noche de la iguana... Vinieron gentes que movían el turismo en aquellos tiempos... admiradores de Vallarta... John Houston vino diez años antes de La noche de la iguana... y él vino porque se lo recomendó la señora Liz Rubio... Rubio fue de las primeras americanas que llegaron... fue la dueña de la casa caracol y la del abanico verde... Su esposo y ella hacían mapas de Vallarta... A su manera fueron de los primeros promotores de Vallarta... aunque, remontándose tiempo más atrás, los pocos americanos que se conocían aquí eran las gentes de la Unión en Cuale... Dicen que es de las compañías más antiquísimas... Duraron unos setenta u ochenta años invirtiendo en los platanales... en los tabacales... Incluso hay ruinas de su ferrocarril en Ixtapa, por medio del cual transportaban sus productos al muelle principal en la Playa de Los Muertos... Aquí donde estamos ahorita era una pista de aviación... la primera que hubo... Todo esto era plano... A mí me tocó, cuando tenía ocho años, ver aterrizar la última de las avionetas que aterrizó aquí... Era una admiración porque lo hacían solo cada dos meses... Aquí enfrente de la bahía los buzos podían encontrar restos de avionetas... porque si estas eran para ocho pasajeros... estas llevaban diez en vez de ocho y al elevarse se caían al mar... Se salvaban los que iban parados...

—Beatriz, Dante, mi idea en el segundo de los viajes del viejo Joseph fue que construyera mis cabañas en Tenacatita. El viejo, de andar con puro

joven arquitecto y, además, de leer mucho, me prometió construir las cabañas mucho mejor que la cabaña que construyó el propio Le Corbusier. Según Joseph, el tal Corbusier prefería pasar los veranos, en los meses de agosto y septiembre, en un conjunto de construcciones agrupadas alrededor de L'Étoile de Mer, que constaba de algunas cabinas de *camping*, donde Corbusier construyó su cabaña vacacional. La hizo para su mujer con el objetivo de crear un lugar extravagante de confort y gentileza. Joseph me platicó, por lo que había leído, que Roquebrune se ubica sobre un sendero que llega casi al mar, que ese sitio tiene un golfo soberbio y grandioso, con acantilados abruptos. Sin conocer tal sitio, yo le aseguré que en las bahías de la costa jalisciense hay mejores lugares que ese.

»Joseph nomás se desocupaba de la albañileada y empezaba a predicar el evangelio de su hermano Jesús. Los fines de semana se iba a las rancherías. Llegó a predicar hasta al rancho de las Conchas, allá por Armería. Tuvo hermanos más allá de la costa. Predicó el evangelio hasta un rancho llamado el Naranjo, que queda entre los límites de Colima y Jalisco, en el cual se convirtió a Cristo una tal Lupe Ramírez junto con su esposo.

»Incluso un día, en lugar de que se pusieran a trabajar, le permití predicar a mis trabajadores allá en mis tierras de Tenacatita. Su templo era la sombra de un frondoso árbol y, a lo mucho, una pobre enramada.

Por curiosidad o morbo me atreví a preguntarle al Amarillo si él podía recordar algo del contenido de dicha predicación, y para sorpresa de nosotros, el Amarillo se transfiguró en predicador y respondió:

—Dios, el creador del universo, creó sin pecado a Adán y Eva. Los puso en un perfecto ambiente en el Edén, pero ellos cayeron en pecado y, por ello, al ser la simiente de la raza humana, esta heredó la maldición: la paga por el pecado es muerte. Desde entonces, toda persona en el mundo es un pecador y practica el pecado. Todos somos rebeldes, pecadores, llenos de iniquidad. Somos enemigos de Dios. Por lo tanto, su alternativa fue dar el castigo impagable a todo hombre o mujer por los pecados cometidos contra Él. Ese castigo es la muerte eterna. O Dios podría proveer un sustituto que cargara con todo el castigo por sus pecados, salvándolos gratuitamente con la vida eterna. Dios Padre decidió convertir a su Hijo en hombre, con el propósito de que muriera por el pecado. Tenía que ser hombre para que, en

un momento breve del tiempo, pudiera ser sacrificado por todos los pecados de los hombres. También tenía que ser Dios para poder pagar el castigo infinito que los hombres y mujeres merecen por sus pecados pasados, presentes y futuros. Así es que el Hijo de Dios entró al mundo, vivió una vida santa, sin pecado, porque él es Santo, Santo, Santo. A pesar de eso, fue ejecutado como un criminal. Desde el punto de vista del hombre, es lo peor que pudieron hacerle, pero, desde el punto de vista divino, es lo mejor que Dios Padre pudo hacer. ¿Por qué? Dios Padre puso sobre su Hijo el castigo eterno de los pecados de todas las personas que han creído y creerán en Él a lo largo de la historia de la humanidad. En tres días satisfizo completamente la justicia de Dios Padre, quien validó el sacrificio de Cristo, considerándolo perfecto. No solo diciendo: «Este es mi hijo amado en el cual tengo complacencia», sino que por medio del Espíritu Santo resucitó a Jesús y lo puso a su mano derecha, debido a que Él cumplió de manera suficiente con el único y perfecto sacrificio por el pecado. Por lo tanto, Él está a la diestra del Padre, exaltado como Señor de todos los hombres y las mujeres que creen en Él, porque pagó el castigo de ellos y los limpió completamente de su pecado y de la culpa del pecado. —El Amarillo, para aumentar nuestra sorpresa, nos citó de memoria un versículo de la Biblia—: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». —Él observó nuestra cara de asombro y nos dijo—: Beatriz, Dante, vaya que Joseph casi me convence. Este mentado evangelio lo escuché una y otra vez de su boca. Yo llegué a escuchar la predicación, de bien a bien, allá en Cihuatlán.

»Ahí tienen al anciano albañil edificando mis cabañitas, lo llamó el centro turístico «Los Ángeles de Tenacatita». Así le llamó porque las construyó con ayuda de puro hombre convertido por Dios: Edmundo, Alejandro y su hermano. Joseph decía que él no convertía a nadie, que él no podía ni quería. Todo era por la gracia de Dios. La gracia del Padre a través de su hijo Jesús era la que convertía por medio del Espíritu Santo. Después, allí en la orilla del mar bautizó a los convertidos. No pedía nada a cambio. Uno era el que le andaba ofreciendo comida y un lugar para que tirara su petate.

»La gente le regaló unas gallinitas y carne de la matanza del día. Ahí tienen a Joseph preparando eso. La preparó muy sabrosa en pozo, y a los que bautizó y a sus familias los invitó a una cenita en una enramada. Ahí rememoró la última cena del Señor. Él brindó con agua de jamaica y yo claro que brindé con mi tequila. El convertido voluntariamente daba gloria a Dios en todo lo que hacía. Y ahí los tienen ustedes dando gloria a Dios al construir las cabañas: no me cobraron ni un centavo. La gente que las visitó se maravillaba de su sobriedad y confort. —El Amarillo nos confesó—: Yo soy el mismo demonio porque usé alguna de esas cabañitas con alguna de las bellas visitantes de estos parajes en actividades nada santas, sino más bien concupiscentes.

»El autor de *La tierra pródiga* me describe en su novelita como mocho, como muy religioso. Él dice que yo oficiaba misas, que yo obligaba a mi gente a rezar el rosario todas las noches, que yo los obligaba a ir a la misa los domingos, que yo los bauticé, que yo los casé, que yo les enseñé religión y que les infundía el temor de Dios. Que en cada rancharía construía capillas, que traje al obispo de Nayarit por todos estos lares y que tenía gran amistad con Su Ilustrísima. Que repartía cruces y medallas a los lugareños y les decía que tales anchetas los harían invencibles en la lucha para contener a los hijos de Lucifer.

»¡Mangos! El mocho y el religioso era él. Él tuvo un tío sacerdote que conoció desde los seis años en Totatiche, en los Altos de Jalisco. Del gobernador era la idea de que cada proyecto de ciudad turística empezaría con la construcción de una catedral. ¡Qué capilla ni qué capilla! ¡Una catedral! Él decía muy serio que no iba a permitir construir una ciudad por estos lares solo con hoteles, piscinas o puros sitios de inmoralidad para ofender a Dios. ¿Qué iba yo a andar con esas cosas? Para mí, mi religión era, es y será el futuro de estas tierras.

»Agustín Yáñez me describe como procedente de los Altos de Jalisco. ¡Qué Altos ni qué ocho cuartos! Prefiero decir que soy de Sayula. A pesar de lo que está escrito en el librito *El ánima de Sayula*: «la tierra donde hasta los muertos son putos». Claro que yo sería la excepción. Todas las mujeres que me conocieron darán testimonio de que yo no le hacía a eso. Más bien, los sacerdotes son los que tienen esa costumbrita. Incluso ahí andan

acariciando a los niños, a los jovencitos y a las mujeres. Yo creo que eso les pasa porque les prohíben tener esposa. La patria en cada sacerdote un pederasta nos dio.

Los bailes... ah, cómo no... Pues eran nuestro gusto y no andar a sueltos amarraditos... Tocaba una canción que se llamaba El petate del amor y que luego por ahí dijeron que el diablo la cantaba que porque bailaban muy pegaditos... ¡Ah! Pues era el chiste... No andar solo, no... traerlas bien arrimadas: «tú estás como el fusil y yo como la bala»... pero la prohibieron los sacerdotes y la dejaron de cantar aquí en Vallarta...

Rodolfo, esa noche en la funeraria, me comentó que el Amarillo no era un personaje de los seis en busca de un autor, sino uno que pelea con su autor.

Beatriz y yo, a mitad de la entrevista de ese día, de caballito en caballito nos terminamos la botella del dichoso tequila producto de él y sus hermanos. Por cierto, no le compré ninguna botella. Resulté ser un mal cliente.

Quien había pensado era Sotero Castillo y abuelo de Ricardo, a un lado del Amarillo, le dio un buen sorbo a su puro. El Amarillo continuó con su relato:

—A mediados de los cincuenta era ya por primera vez posible, en principio, llegar en auto de Guadalajara a Cihuatlán, para de ahí seguir en brecha hasta Tenacatita. En 1953 solo 52 de los 327 kilómetros de esta ruta estaban pavimentados, 187 en terracería y 86 estaban en condiciones tan precarias que a menudo solía interrumpirse el tránsito, aún en épocas de estiaje, a partir del eje troncal Guadalajara-Cihuatlán, y había caminos que penetraban en la costa, entre ellos, uno hasta Tenacatita.

»Quería demostrarles a los posibles inversionistas que era posible llegar por tierra hasta mi hotelito, y compré un Cadillac que me costó 125 mil

pesos para ir de Guadalajara a Tenacatita. Todo cuesta, amiguitos, por eso hay que saber generar dinero. La primera vez ni pude llegar. Lo despedacé en el camino y lo tiré a una barranca. Entonces decidí que la única manera de llegar hasta la propiedad era por aire.

»Los pata salada de Vallarta ya me habían ganado en esa iniciativa: fundaron Mexicana de Aviación. Por eso decidí construir un aeródromo en asociación con Miguel Ochoa el 23 de mayo de 1953, que hizo una inversión de 992 mil pesos, una suma enorme en aquel entonces, para construir el aeródromo de Tenacatita... Muchachos, vean cómo es la condenada codicia. Por realizar mi proyecto turístico, invertí en él los créditos agropecuarios y luego ya no los pude pagar. Estaba en la playa del faro, junto a la laguna, cerca del mar, en un sitio llamado el Realsito. Lo que más bajaba por acá eran DC-3; el del presidente Franklin D. Roosevelt, por ejemplo, voló entre Puerto Vallarta y San Sebastián del Oeste.

»Cuando ya tuve una pequeña parte del aeropuerto y podía garantizar el aterrizaje de un DC-3, un avión para veintiún pasajeros, me arranqué por el gobernante (y también novelista) para traerlo a Tenacatita. Me preguntó si todavía estaba en mis planes ser parte de la colonización de la costa, de la Marcha hacia el mar. Le contesté que sí, y a los tres meses de esa entrevista yo estaba en la Central Camionera de Guadalajara. Amiguitos, ahí estaba su Amarillo en esa reunión, con sus cuarenta años cumplidos y el propósito de desarrollar una obra fuertísima en la costa que tenía como antecedente la nombrada Marcha hacia el mar.

»En ese lugar estábamos todos reunidos por convocatoria personal y expresa del Yáñez. En un determinado momento, me sentí como un conejillo de laboratorio observado por el gobernador y, la mera verdad, esto me hacía sentir incómodo; tan incómodo que mis dientes de oro me estorbaban para sonreír hipócritamente, pero, eso sí, yo con mi traje gris oscuro lucía impecable.

»En la dichosa reunión nos encontrábamos los Rangel del Valle de la Resolana; Los Guzmán y Guzmán del norte de la costa, allá por Mascota, con influencia en la frontera con Nayarit; también estaba don Agustín Flores, a quien le gustaba gastar en escuelas para los niños pobres de Puerto Vallarta; Jorge Dipp; Guillermo Gargollo Rivas, sobrino de Antonieta Rivas

Mercado, la musa de los contemporáneos, que tenía intereses agrícolas en la hacienda de Cuixmala, al norte de Tenacatita; y Miguel Ochoa, dueño de una empresa constructora que trabajaría la brecha de Guadalajara a Cihuatlán. Además, había un trío que, para mí, tenían facha de maricones: los arquitectos o fraccionadores don Fernando de la Suerte, Raúl y Teodoro.

»El escritor que llegó a gobernador era un hombre maduro en aquel entonces. Cuando tomó posesión cumpliría cuarenta y nueve años. Su pasión fue la literatura y, por eso, estaba dispuesto no solo a narrar la historia de la colonización de la costa de Jalisco, sino también, según él, a colonizarla personalmente.

»Agustín Yáñez conoció la costa en 1952, cuando vino a Vallarta como parte de su campaña para gobernar Jalisco. Percibió a la costa no como casi el paraíso, sino como el paraíso mismo. Concibió la tierra llena de riquezas vegetales y minerales, pródiga en tierras vírgenes, bañada por el océano Pacífico, que sorprendía a cualquier viajero con su fauna marítima y playas que ofrecían una espectacular y admirable geología. Consideró que esta comarca estaba inexplorada, incomunicada, con unos cuantos emporios de producción agrícola y una precaria demografía. Solo un apasionado novelista como él, que se caracterizaba por una imaginación viva, pudo imaginar las posibilidades de desarrollo de la costa jalisciense. Su antecesor había promovido los repartos de tierra y exenciones fiscales; ahora era necesaria una infraestructura de servicios, agua, electricidad y carreteras que hicieran posible la vida en la costa. Para lograrlo, nombraría como promotor del proyecto a su amigo de la facultad de Derecho en la UNAM, José Rogelio Álvarez, a quien el escritor describió en su novela como culto, preparado, activo, incansable, lleno de don de gentes, fecundo en recursos, expedito, enérgico, práctico, valiente, honorable a toda prueba, muy inteligente. Sí, jovencitos, era su amigo. ¿Cómo no lo iba a describir en su novela de otra manera? Yo conocí a José Rogelio Álvarez, quien encabezó la colonización de la costa de Jalisco durante el gobierno de Yáñez en 1953. La Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco fue creada el 21 de septiembre de 1953, y quedó como vocal ejecutivo su amigo José Rogelio. A ver, échenle cuentas, amiguitos, yo nací en 1913, así pueden sacar la edad exacta que yo tenía entonces.

»Hijos, todos le entramos a la jugada. Cada uno apostándole a lo que le interesaba. José Rogelio, por ejemplo, estaba interesado en el desarrollo de una ciudad lineal en Barra de Navidad. Rogelio, lo que sea de cada quien, el del moñito negro, inventó una formulita que funcionó en nosotros. Él nos decía: «La planeación conduce necesariamente a la promoción, y esta, a su vez, a la multiplicación automática de los recursos financieros». Al menos la expresión «recursos financieros» sonaba mágica en sus labios. El caso es que esa frasecita nos tenía sentados alrededor del promotor. El novelista, que entonces gobernaba Jalisco, nos observaba con sus lentes de botella, su mirada se me afiguraba a la de un búho; en sus manos, su bloc de notas y su lapicera. El vocal ejecutivo de la Comisión de Planeación de la Costa instaló sus oficinas en el sexto piso de la Terminal Camionera de Guadalajara, construida sobre un viejo estadio de fútbol. José Rogelio fue el que nos vendió la idea de un puerto turístico. Y ahí estaba yo, con el puerto turístico de Los Ángeles de Tenacatita.

»Sí, muchachos. Ahí me tenían de payaso, de su *joker*, como los gringos me decían. El escritor me describió con estas palabras en su novelita: «parlanchín, risueño... domador, encantador de hombres», y también así: «alocado, dientes de oro, sangre ligera, con fama de feroz».

»Según el novelista y gobernante de Jalisco, yo gritaba dentro de mí: «Necesito de esos recursos financieros. ¡Quiero crear una ciudad! Una ciudad maravillosa donde no haya lugar para la tristeza ni para las preocupaciones, una ciudad de ensueño, la más hermosa del globo». En ese momento era lo que yo menos pensaba. Y menos que estuviera sirviendo como modelo para pintar a un personaje literario de su novela. Y ni siquiera pensar que el muy cabrón pudiera imaginar lo que pensaba un comerciante de un rincón del sur de Jalisco. Por cierto, muchachos, yo era uno de los más pobres de los reunidos ahí, pero eso sí, no fue invención literaria que yo era muy trabajador. —A manera de comercial nos señaló con su dedo—: Este mismo tequila, Súper Tonaya, lo producimos mis hermanos y yo. —El «mesmo» lo pronunció de manera sobreactuada. El Amarillo tenía una forma hechiza y confusa de expresarse, era el producto del lenguaje de un comerciante de una región jalisciense ilustrado con múltiples lecturas, de divinas a mundanas, y años de contacto con la «elite» del poder. Sus

expresiones solo podían ser registradas por medio de una grabadora—. Entonces, en pocos días sucedieron varias cosas. Al regresar del viaje a Tenacatita, fui a la Ciudad de México para ver al general Dámaso Cárdenas, hermano del general Lázaro Cárdenas. Don Dámaso personalmente llevó un memorándum al presidente de la república, don Adolfo Ruiz Cortines, que ponía el aeropuerto a disposición del honorable Gobierno federal, y a los dos días me presentó con el secretario de la SCOP, el arquitecto Carlos Lazo. A las 72 horas estábamos en Los Ángeles de Tenacatita. Amiguitos, con influencias se puede todo. Cuando llegó a Tenacatita, el arquitecto Carlos Lazo dijo: «No creía que existiera en el mundo un lugar que reuniera tanta belleza. La jungla que aquí existe, que tú quieres que sea parque nacional, únicamente la he visto en el Amazonas». Y me contó el cuento de que en dieciocho meses terminaría la carretera pavimentada de Guadalajara hasta aquí.

»La carretera nunca se construyó. Yáñez no me tenía confianza. Era de esos licenciados que dizque quieren toda la cosa institucional. Según él, quería que el desarrollo de Tenacatita fuera institucional y, por ello, quería que lo dirigiera la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco. En el verano de 1954 el novelista hizo un planteamiento explícito en este sentido al Gobierno de la república por conducto de José Rogelio Álvarez, quien, a nombre de la CPCJ, escribió a Gilberto Loyo, secretario de la Economía Nacional, según eso para informar. ¿¡Cuál informar!? Fue con el chisme de que los propietarios del extenso predio denominado Tenacatita, es decir, mi socio y yo, le debíamos al Banco Nacional de Crédito Agrícola 3 millones 600 mil pesos, que con los intereses acumulados daban una cifra superior a 4 millones. Que nosotros no teníamos explotación agrícola ninguna que pudiera garantizar el pago de ese crédito. Insistió en que era imposible que nosotros pagáramos al banco.

»¡Qué pinche institucional ni qué nada! El gobernador quería que su amigo José Rogelio manejara todo. No quería que hubiera nada en las manos de su servidor. José Rogelio, nada tonto, también traía su propio rataplán personal: le interesaba promover el desarrollo de Barra de Navidad. Estaba tan prendado de ese lugar que, con el patrocinio de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, encargó al pintor Chávez Vega una

docena de cuadros del paisaje de Barra de Navidad. —El Amarillo se levantó de su silla y nos comentó—: El caso es que no recuerdo en cuál de esos fiestones que se encargaba de organizar don Jorge Dipp agarré al promotor borracho y logré que me regalara uno de esos cuadros. Miren, aquí lo tengo colgado. —Señaló en dirección de la pared llena de cuadros—. José Rogelio nos contaba siempre en esas reuniones su historia en Barra de Navidad: había conocido esa costa por mar gracias a que un hermano suyo tenía una flota para pescar tiburón en Manzanillo. Pasaba las vacaciones con su hermano y vivía en el barco el Colimán. Navegaban sin perder nunca la costa y paraban a hacer aguada en Barra, Chamela y Tenacatita. Siempre nos decía: «Entonces, amigos, ya se imaginarán: ¡no había nada! Nos podíamos bañar desnudos mi hermano y yo».

»Y sí, muchachos. En ese entonces estaban tan solas las playas de por acá que uno se podía bañar en ellas desnudo. Muchos de mis invitados e invitadas llegaron a hacer lo que hacía el promotor y su hermano. Las playas estaban tan despobladas y poco concurridas que una actriz que invité, sin siquiera pedir permiso, se desvistió frente a nosotros y en pelotas se metió al mar. Después llegarían los *hippies* gringos y alguno que otro joven mariguano mexicano. —Y el Amarillo me miró con una risa sarcástica en los labios.

»El promotor contrató al joven arquitecto Teodoro González León para que diseñara el proyecto de la ciudad turística de la Costa de Oro. La parte oriental de la bahía de Barra de Navidad, según el arquitecto, se encontraba en el lugar ideal para la construcción de la ciudad: libre de los problemas que acarreaba el tránsito marítimo debido a las corrientes marinas, privilegiada por la barra de arena y por la laguna, sujeta siempre a las mareas y al frente del cerro de San Juan.

»El diseño del joven urbanista, lo que sea de cada quién, era bonito en el papel. Los edificios turísticos privados estarían proyectados en las riberas de la laguna y sus islas, la barra de arena, el acantilado del cerro de San Juan y, desde luego, la bahía. En primer término, se tendría un hotel de diez pisos que contaría con cien cuartos. El programa de servicios estaría basado en encuestas llevadas a efecto en los grandes hoteles de lujo de Acapulco y

Veracruz. Además, se edificaría lo más afuera posible que lo permitiera la barra de arena.

»Las perspectivas del conjunto diseñadas por el arquitecto, vistas desde diferentes ángulos y desde diferentes puntos de altura sobre el horizonte, eran magistrales. Esbeltos veleros que navegaban por la bahía atravesaban la bocana, surcaban la laguna y yacían estacionados en los canales. Islas que emergían y que luego se coronaban en formas arquitectónicas, palmeras que bordeaban suntuosas avenidas, jardines y parques arbolados, edificios que se erguían suntuosos, estudios arquitectónicos magníficos.

Me mareó el Amarillo con tanto detalle del proyecto de la ciudad turística de la Costa de Oro, que, para cambiarle la conversación, le pregunté por el señor Jorge Dipp, y me contesto:

—Don Jorge Dipp llegó del Líbano en su niñez, vivió inicialmente con su familia en Nayarit, después vino a Guadalajara y en la década de los veinte inició sus estudios de medicina. Al manifestarse su carácter emprendedor dejó los estudios para fundar la empresa farmacéutica Laboratorios Alfa, que durante muchos años proveyó de medicamentos y sueros a la sociedad. Desde sus años de estudiante desarrolló un amplio sentido de las relaciones públicas; así, cada diciembre sus laboratorios obsequiaban presentes relacionados con la medicina a los galenos del cuerpo médico de Guadalajara, para lo cual encargaba envasar tequila en ampollitas farmacéuticas.

»Don Jorge Dipp, aparte de tener sus negocios farmacéuticos y de empacadoras, fue en la empresa de la construcción en la que sobresalió con su constructora popular. Su granja de diez hectáreas al poniente de la ciudad fue convertida en una colonia que fue modelo de paz y tranquilidad para personas de clase media alta, que más tarde se llamó Vallarta San Jorge. Reservó mil metros cuadrados para construir su gran mansión, la más grande de la ciudad de Guadalajara, en la Avenida México, y fue parte fundamental de lo que hoy es el centro comercial aledaño a su residencia. Dentro de su mansión, para llegar a la zona habitada se recorría una larguísima calzada que cruzaba por un espléndido bosque abundante en laureles de la India y pirulís. La calzada desembocaba en una explanada donde se hallaba la enorme alberca, bordeada por un conjunto de arcos de

cantera de 1620 y uno más de 1680, que sobresalían del jardín. Ambos fueron rescatados de añosos palacetes ya desaparecidos de Guadalajara. Pero la joya de la mansión del señor Dipp era otra maravillosa arquería de 1760 con 109 metros de longitud, impecablemente conservada y que ahora forma parte de un singular pasillo-galería y constituye el elemento principal del inmueble. La arquería había pertenecido al Hospital Militar de Guadalajara, pero la recuperó don Jorge Dipp.

»La enorme propiedad estaba ubicada a las afueras de Guadalajara; se tenía que pasar por la glorieta La Minerva, la confluencia de la carretera de la costa, la finca inmensa donde su hijo crearía un exclusivo club de polo y, más adelante, estaba el fraccionamiento Vallarta San Jorge. Si les platico todo esto es para que se den un quemón de quién y dónde se organizaban los fiestones de moda en la perla tapatía.

»Don Jorge Dipp en su época juvenil trabajó amistad con el joven abogado y literato que años más tarde se convertiría en gobernador del estado de Jalisco. En otoño de 1953, el novelista convertido en gobernador encomendó a don Jorge la organización de un evento, no superado hasta entonces, que se denominó la Primera Gran Feria de Jalisco, realizada en la moderna Central Camionera de Guadalajara.

»En una de las noches mexicanas organizadas en la residencia del señor Dipp estaba el Dr. Fernando de la Suerte, otro hombre ambicioso como yo, digo, de empresa, que, al igual que yo, tenía la capacidad para aquilatar la potencialidad económica de esta bahía. El objetivo de la reunión era poner en marcha el plan del promotor y de su agente, el Dr. Fernando de la Suerte: la ciudad turística de Barra de Navidad. La dichosa noche tapatía fue donde destaparon el proyecto de la ciudad Costa de Oro.

»Beatriz, Dante, a continuación les relataré lo que sucedió esa noche: en mi nuevo Cadillac pasamos la vera de la Diosa Romana hasta llegar a esta fastuosa residencia. Con fina y sencilla cortesía, el anfitrión y su esposa nos recibieron a mi esposa y a mí, ofreciendo excusas por la lejanía de su hogar.

»La noche era tibia y las mujeres prefirieron que el guardarropa se hiciera cargo de sus abrigos, los cuales formarían un lote de zorros plateados y de grises chinchillas. Las damas lucían la venustidad blanca de sus hombros y sus cuellos, los adornaban con costosos collares de perlas y brillantes, y en

sus muñecas soportaban la pesadez aurífera de numerosas pulseras. Se combinaban los trajes negros de relucientes solapas y los vestidos de noche con sus escotes reveladores para los varones asistentes que traían indumentaria para una fiesta mexicana y se creían portadores de la autenticidad campirana: guaraches, calzones, camisas de manta, ceñidores azules o rojos y sombreros de palma que, por cierto, no usamos ya en la costa. Incluso algunas de sus mujeres que los acompañaban llevaban enaguas anchas saturadas de lentejuelas con motivos nacionales que jamás he visto en ninguna mujer de mi rancho, así como blusas blancas con bordados de claveles rojos y rebozos de seda de Santa María garbosamente cruzados sobre el pecho, en el que daban vuelta collares con cuentas amarillas. Querían imitar a nuestras rancheras, pero su lenguaje las traicionaba cuando abrían la boca.

»Los invitados se repartían entre la sala, el comedor, un espacioso salón de juegos, la sala de estudio, la cocineta, los baños y la alberca. El grueso de los invitados se concentraba en el jardín principal, donde se habían dispuesto numerosas mesas con sillas que se distribuían hasta llegar al estanque azul, sobre el cual, en una de sus mitades, se levantaba el escenario, el tablado en que actuarían los artistas invitados que habrían de ejecutar bailes regionales y canciones rancheras; los mismos artistas del mismo espectáculo que el Sr. Jorge Dipp organizó para la Primera Gran Feria de Jalisco.

»A una distancia de quinientos metros, por una senda, se encontraba lo que funcionaba como casa de campo dentro de la gran mansión de don Jorge Dipp. Por la senda había lumbradas de leños en donde hervían las ollas de barro con café y se calentaban tortillas en las brasas. A un lado, parejas con guitarras cantaban canciones rancheras, como *El venadito*. Los millonarios se querían disfrazar de gente de pueblo.

»De pronto, me liberaron de mi amargura dos toritos de carrizo repletos de pólvora, encendidos ya y con ruedas multicolores. Los buscapiés provocaron que mi esposa y yo saltáramos de nuestros asientos. Claro que las mujeres asustadas saltaron a las mesas para protegerse y los hombres gozaron del espectáculo, que se cerró con una diana con tambora, platillos y corneta emitida por la banda de música. Los aplausos y los gritos irrumpían

en el aire. En medio de la algarabía, llegaron el señor gobernador y su escolta, el portador del moñito negro, ambos acompañados de sus esposas, y saludaron afectuosamente a don Jorge y a su esposa, quienes, finalmente, los condujeron a un lugar donde se dominaba todo el escenario. Pudimos presenciar el castillo con sus rehiletes de pólvora de colores que tanto gira, que tanto divierte en mi pueblo el día de la celebración del santo patrono o allá en el pueblo de mi esposa.

»La llegada del hermano del general Cárdenas me sorprendió; hombre alto y delgado con rostro inexpresivo, pero que en la intimidad de una entrevista se relaja y se convierte en otra persona. El general Dámaso Cárdenas, ahora gobernador de Michoacán, era una fina persona. En una ocasión, como ya creo les platicué, ya había tenido la oportunidad de entrevistarme con él cuando fui a la Ciudad de México y me hizo el favor de llevarle un memorándum al presidente de la república, don Adolfo Ruiz Cortines, para poner a disposición del honorable Gobierno federal el aeropuerto, y a los dos días me hizo el favor de presentarme con el secretario de la SCOP. El general esa noche no me vio. No le guardo ningún rencor: los negocios son los negocios, y yo no tenía ningún interés personal en ellos. Ahí estaban el gobernador jalisciense, don Jorge Dipp, el promotor, el general y el candidato del promotor, Fernando de la Suerte. Fernando en ese momento era el fraccionador de moda en Guadalajara; su fraccionamiento, Lomas del Valle, se ofrecía a los millonarios de Guadalajara.

»Jorge Dipp los condujo a la biblioteca; a lo lejos, vi la escena. Yo no era novelista como el gobernador, menos dramaturgo, pero pude imaginar lo que sucedió en dicha escena:

Jorge Dipp: Por favor pasen a la biblioteca, ahí estaremos más cómodos.

General: Desde la toma de posesión no lo veía, licenciado.

Gobernador: Ya ve cómo es la providencia de Dios.

General: Mi gobernador, a usted no se le quita lo mocho. Estoy aquí para cumplir con mi responsabilidad de vigilar por la equidad de cada estado de la república. Estoy comprometido con el progreso de la provincia, mi señor gobernador.

Gobernador: Pues, sin más preámbulos, mi querido general, aquí le presento a los involucrados en el proyecto de la ciudad turística la Costa de Oro.

Rogelio: Mire, mi general, tenemos un problema de cuestión de límites entre Colima y Jalisco.

General (sin ver a su interlocutor inmediato): Ya veo. No se preocupen, pronto ese conflicto de límites territoriales será llevado al Senado de la República, y quizá hasta la Suprema Corte. En ambas partes le garantizo mi ayuda, señor gobernador.

Gobernador: Gracias, general. Por favor, cuando vea a su hermano dele un abrazo de mi parte.

General: Perdón, yo también necesito un favorcito, necesito que ustedes desistan del proyecto de las minas de Autlán para que yo pueda impulsar el puerto de Lázaro Cárdenas.

Gobernador (asintiendo con la cabeza, pero mostrando en su rostro un gesto de contrariedad, con una sonrisa forzada): Con mucho gusto.

»José Rogelio, quien lucía un elegante *frac* con su inseparable moño negro de seda, trató de introducirse en el diálogo con el gobernador, pero en ese momento el gobernador se dirigió al Dr. Fernando de la Suerte, coincidió con que se escuchaba el son de la culebra.

»—Doctor, la culebra es la porción de terreno localizada en las cercanías del proyecto de la ciudad turística de Costa de Oro. Sí, señor, es un erial montañoso que ha enfrentado a los estados de Jalisco y Colima. Como parte de la invitación a formar parte del proyecto de la ciudad turística de Costa de Oro, he adquirido dicho predio como garantía de nuestro compromiso con el proyecto.

»Se congratularon unos a otros y el señor Dipp propuso un brindis para sellar los compromisos expuestos. Todos brindaron por el proyecto de la ciudad turística.

»Fernando de la Suerte, amigo del promotor, había tenido fortuna en las empresas inmobiliarias que había emprendido; la última fue la de las Lomas. El promotor no le ofrecía ahora un fraccionamiento, sino todos los fraccionamientos de la ciudad Costa de Oro, que sería la Perla del Pacífico. El Dr. Suerte no estaba tan entusiasmado con una ciudad turística como la

de Acapulco, sino con los fraccionamientos. El proyecto que le presentó su amigo despertó su ambición, repito, porque no era un fraccionamiento, sino toda una ciudad, con todos los estudios ya elaborados y el diseño de una ciudad realizado por un joven arquitecto que había trabajado nada menos que con Le Corbusier. El joven arquitecto comparaba su proyecto con el de Brasilia. Por el lado que se viera, le estaban sirviendo en bandeja de oro todo un negocio. El único riesgo del que se percató fue que en nuestro país se acostumbraba a edificar las ciudades sobre planicies de los valles, pero ya había asumido el riesgo con su fraccionamiento de las Lomas al crear una zona residencial en barrancas y prominencias al estilo europeo, en el que se finca sobre montañas para disfrutar del panorama de las praderas. Fue un éxito su fraccionamiento. No sabía si podría transformar una barra de arena poblada de chozas de palmera.

El Amarillo interrumpió el relato, se paró nuevamente de su asiento, como ya lo había hecho varias veces, y nos volvió a presumir su pequeño cuadro donde, efectivamente, se representaban esas chozas, pero ahora nos comentó algo diferente:

—Como ven, muchachos, estos urbanistas modernos consideraban antiestéticas estas chozas de palmera, mientras que a los turistas que venían para México se les hacían muy curiosas y folclóricas, *mexican curious*, junto a su laguna y su bahía.

»Fernando, el amigo de José Rogelio, puso su suerte a andar: hipotecó la mayor parte de sus bienes inmuebles y acudió a prestamistas para calcular con cuánto podía contar para su inversión. ¿Cómo ven, jóvenes? La presunción, el engreimiento o soberbia, la ambición, la codicia y la vanidad se habían despertado en él. Fernandito no quería una fracción de una ciudad como la que él ya había construido con todo éxito, quería construir una ciudad entera con todos sus jardines y grandes edificios. Unos pocos meses más tarde nació la firma Posadas Marinas S. A., encargada de construir la ciudad ultramoderna de Costa de Oro. Con treinta millones de pesos y una reserva de veinte millones se empezaron las obras de urbanización. El caso es que Fernando de la Suerte juntó cien millones para la inversión inicial. En su mente estaba la construcción de palacetes, hoteles y residencias modernas que sustituirían a las rústicas construcciones de paja en que

vivían inicialmente poco más de cien familias. Los ancianos de esas familias, con el rostro curtido y carnes chupadas por el sol, a lo largo de un año observaron cómo se intentaba borrar la imagen idílica que tenía este lugar. Entre las chozas de zacate y las sombras de palmeras de Barra de Navidad deambulaban grupos de turistas norteamericanos tomando fotografías, como si adivinaran que todo aquello ya no se volvería a ver.

»Fernando pensaba preparar los lotes para la venta; ya se tenía una cartera de clientes de trescientas personas. Preparaba su propaganda, entre esta había una exposición con fotografías de las partes más hermosas y exóticas tomadas por el fotógrafo que había contratado expresamente para montar una exposición en el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México.

»Pero ¿qué creen? Se le ocurrió, en plena ejecución del proyecto, levantar un censo riguroso de las familias ocupantes del lugar, lo que trajo a la luz que el avecindamiento, según ellos, era irregular, con ciento veinte familias. Aunque tenían permisos federales para su asentamiento desde la Marcha hacia el mar, el Comité de Promoción Turística dizque acordó con ellos construir viviendas funcionales y decorosas para desalojarlos de esos terrenos.

»Fernando no calculó que los parientes de esas familias invitarían a otros familiares a trabajar en las obras, además de que había más gente que llegaba a establecerse allí como podía gracias a la fuente de trabajo. Fernando quería que todos los jacales de palmeras fueran desalojados de la barra de arena en un término de treinta días, por lo que ya no se les permitió levantar nuevas chozas de paja.

»El viejo Joseph con su visión apocalíptica me dijo: «Aunque se edifique aquí con hormigón y cemento, el mar se lo tragará en un día». Se llegó el día. Dios es grande, hizo justicia con el ciclón. Sin amainar la tormenta, muy de mañana vinieron los mozos y peones desde los distantes puntos de Barra de Navidad. Dominados por el terror, abatidos por la conjuración de los elementos y caminando penosamente, descubrían a cada paso las proporciones del desastre: sendas destruidas, bosques, palmares, campos arrasados, torrenteras que con furia destrozaban cerros y valles. En la

novelita *La tierra pródiga* su autor dice que no fue un ciclón, sino un diluvio.

»¿Qué quedó de todo lo construido de su ciudad de la Costa de Oro, la Perla del Pacífico? Lleno de los malos augurios, se esperaba lo peor. Relámpagos, truenos intermitentes, tupidos. Y el «Jesús mil veces» del autor de *La tierra pródiga* que ponía en boca de sus personajes.

»Caminaban. En lucha contra el viento. Caminaban. Empujados por el ventarrón, azotados por la tromba, empapados hasta los tuétanos. Los que no conocen lo que pasa cuando entra un ciclón a la costa de Jalisco piensan que fue castigo divino. Castigo de Dios, para el que no tenga memoria de esto, para el que no haya nacido aquí ni se haya criado en esta tierra brava. Al principio, una densa niebla les impidió ver la catástrofe, hasta que por el camino fueron descubriendo los restos dispersos de las instalaciones, arrojados a grandes distancias, hasta que llegaron a las ruinas mismas de la ciudad turística.

»Quedaron paralizados. Todo era montones de escombros. No quedó piedra sobre piedra. El motor con que se alimentaba de luz el lugar quedó descuajado, había restos de las camas en las copas de los árboles. El mar se tragó enterita la capilla de la ciudad lineal. ¡Qué susto tuvieron los ingenieros, trabajadores y guardias de la carretera! Aunque ni a ellos ni a las máquinas les pasó nada. Hubieran andado poquito más adelante y no habrían contado el cuento. Los defendió la sierra. Todo fue más bien cerca del mar, en las tierras planas, en los montes inmediatos. Más bien sobre Barra de Navidad y lo que pretendió ser su pinche Perla del Pacífico.

»Estoy de acuerdo con el novelista. Esto fue para escarmiento de su soberbia; como dice la oración Magnífica: «Desposeyó a los poderosos y elevó a los humildes». De esta disquisitiva magna obra de la ciudad de la Costa de Oro solo quedaron unos canales que todavía hoy se pueden ver y usar si se hospedan en el hotel Los Cabos de Barra de Navidad.

»Luego vinieron los problemas financieros. La inversión iba a ser pública y privada, y los promotores privados iban a ser el Dr. Fernando de la Suerte y su hermano. Además, quebró el proyecto de expansión de Guadalajara más caro y más grande que habían hecho: el fraccionamiento de Lomas del Valle. Salió a la luz pública que Fernando había vendido doblemente los

lotes para tratar de capitalizar su empresa porque ya no tenía liquidez. Esta fue la razón de que lo metieran a la cárcel. Además, en la Ciudad de México Fernando se hizo de una amante. Al enterarse su esposa, ya no lo apoyó en su empresa. Las personas en Ciudad de México que lo apoyarían con créditos, con los cuales les pagaría a los prestamistas, se echaron para atrás. El problema con los habitantes de la barra de arena retrasó la venta de lotes, cuyo capital pensaba reinvertir. Su famosa ciudad quedó congelada por un tiempo a la espera de inversionistas nuevos.

»Ahora bien, mi querido promotor del moño negro, José Rogelio, no pudo desempantanar la inversión, ya era difícil. Fue un gran golpe para él. Se movió por todos lados, buscó gente como yo, pero el contrato con el Dr. Suerte le impidió firmar el proyecto con otros inversionistas. Muchos le tenían ganas al proyecto, como el mismo Jorge Dipp, pero no pudieron, se chingaron.

»Agustín Yáñez y su promotor sí que me utilizaron para su gloria. Después de la que me hicieron, ahí estoy convocando a los siete señores de la tierra caliente para el evento que se efectuaría en marzo de 1957. El gobernador había invitado al general Lázaro Cárdenas, expresidente de México, a conocer la costa de Jalisco, pero el evento era para que él junto con su amigo Rogelio se lucieran. Rogelio se luciría dando su informe anual de la comisión, creo que el tercero, y, por cierto, creo que el último también.

»El novelista y su promotor eran jugadores locales: tenían su rataplán estatal. En ese fui una carta que les fue útil, pero ya no me necesitaban para su rataplán personal: uno, llegar a ser secretario de educación pública, y el otro, institucionalizar la planificación a nivel nacional.

»En esta reunión del informe del promotor se encontraban, además del general Cárdenas, el general Salinas Leal, comandante de la V Región Militar; el ingeniero Raúl Palacios, agente de la Secretaría de Agricultura; don Roberto Cerda Espinoza; y el señor Oscar Rosales, representante del delegado de turismo.

»Esa es una foto de la marcha que se organizó para dicha reunión... — Sin levantarse de su silla, nos señaló la pared—. Se organizó por la calle principal de Puerto Vallarta. Ahí va el novelista, en ese entonces gobernador, marchando orondo junto al general Cárdenas, en brazos de las

fuerzas vivas de Puerto Vallarta. Ellos se distinguen de los demás porque van de traje en pleno calorón. En esa ocasión fui testigo de lo que le hicieron al pobre Dr. Fernando Suerte, el fraccionador próspero al que convencieron para construir la fallida ciudad turística de la Costa de Oro en Barra de Navidad. Cuando la marcha llegó al auditorio donde se haría el evento, el Dr. Fernando Suerte intentó recibir a los marchantes y se les lanzó con los brazos abiertos, pero se quedó esperando los abrazos efusivos. Este fue el primer golpe de cortón que le dieron al doctor. Se valió del alboroto, disimuló el cortón fingiendo que corría de aquí para allá, deshaciéndose en atenciones. El promotor lo recibió con marcada frialdad (el estoconazo final) del brazo del gran inversionista michoacano, el señor Roberto Cerda Espinoza, quien, a su vez, iba del brazo del general Cárdenas, promotor de la primera empresa que impulsó la comisión: la forestal La Palapa. En ese entonces Roberto ya radicaba en Puerto Vallarta. El señor Jorge Dipp se asoció con él. Ellos fueron la verdadera mancuerna de la tierra pródiga de la costa jalisciense. El Dr. Fernando Suerte y yo fuimos la mancuerna de pendejos, el par de estúpidos, los testigos de quiénes fueron los verdaderos ganadores del rataplán.

Dicen que tuvo doce hijos y creo... pues... que ahorita como tienen un pedazo de cerro ahí... parcela... y ahorita está dedicado allá... tierra... plantas... este... aguacates... mangos... naranjas... y diario va a darle vueltas... Ora tiene hasta una cría de marrano... Tiene que ir diario a llevarles comida...

—El proyecto de la famosa Comisión de la Costa mostró ser un rataplán estatal. El gobierno federal, los meros cabezones del capital y la capital del país tenían su propio rataplán para conquistar el occidente del país que, desde luego, llegaría hasta el mar; al mismo tiempo que se desprenderían de Manzanillo, por un lado, y de San Blas, por el otro, a fin de cerrar una intersección en «T» de carreteras principales. Después de la presa del Armería seguirán con la de Purificación, drenarán el valle la Resolana y, a

medida que avanzara el camino, emprenderían las presas de Cihuatlán, San Nicolás y Tomatlán, así como la planta eléctrica más debajo de Tlacotlán. Este plan se había combinado con los de Tepaltepec, Balsas, quién sabe cuántos al sur y el valle de Banderas al norte. Por supuesto, todos los planes incluían la construcción de escuelas y de hospitales. Más tarde se trataría de fundar un puerto intermedio entre Manzanillo y Mazatlán: Puerto Vallarta, para dar salida y entrada a la región. Esos cabezones sí saben jugar el juego de cartas llamado «el rataplán». El rataplán mayor gana. El juego se trata de hacer pares. Inicialmente gana el que tiene el rataplán municipal, pero a este lo mata el rataplán estatal; al rataplán estatal lo mata el rataplán federal. En ocasiones, el rataplán personal se chinga a todos los mencionados.

Soltó su risa estruendosa que retumbó por toda la sala. El Amarillo se reía de una manera muy sabrosa y contagiosa.

TERCERA PARTE

De niños jugábamos que al trompo, las canicas y todo eso... La pupa le nombrábamos a un juego con piedras... piedritas... La pupa lo jugábamos por docenas de pellizcos... Había veces que traíamos las manos hinchadas porque jugábamos mucho así con los dedos, a veces con las manos... Eran doce piedras cada uno... éramos dos... pos veinticuatro... entonces había que sacarlas... el que sacaba más era el que ganaba... Aventaba la piedra así... para arriba y agarraba a copiarla y si se le caía, pos ya perdía... y se le caía la otra... Se jugaba de pellizcos... de a una docena de pellizcos... Los pellizcos los dábamos así con el dedo... mire, así... al que perdía... Nosotros jugábamos papelote... nomás los volábamos a ver cuál llegaba más lejos... Nos juntábamos y a ver cuál... Claro que el que traía más cuerda llegaba más lejos, ¿verdad?...

En la tercera y última de las ocasiones que me reuní con el Amarillo nos quedamos solos. Beatriz se había quedado en el hotel para transcribir las grabaciones de las entrevistas a los campesinos. Sotero Castillo, o la persona que pensé que era él, se encontraba en su recámara acostado debido a una gripe. El Amarillo, por cierto, me comentó bromeando: «A ver si no se nos va el suegro». Aprovechó la ocasión para darme su evaluación de Beatriz:

—La jovencita está muy guapa. ¿Es su esposa? —preguntó el Amarillo.

—No, no es mi esposa —contesté, y añadí—: Es una bella mujer, además de que es muy inteligente. Es licenciada en turismo con una tesis sobre el turismo social en México, enfocada al turismo para los trabajadores. También elaboró otro trabajo titulado *Implicaciones culturales del*

desarrollo del turismo en Cozumel. Con ese trabajo obtuvo el grado de maestría en la UNAM. Sabe de fotografía y cine, y habla francés e inglés...

El Amarillo me interrumpió para comentar:

—Además de guapa, es todo un estuche de monerías. Yo conocí a una mujer como su amiga; escribía novelas, se llamó Rosario, Rosario Castellanos.

Fue precisamente en ese momento cuando pensé en si sería prudente mencionar a Ricardo.

—Mire, Beatriz y yo somos amigos desde que nos conocimos en el Barrio de la Santísima Trinidad —le dije.

—¿Él que se encuentra en Escobedo, entre las calles la Angloix y Libertad en Guadalajara? —preguntó.

—Sí, pero ya no existen las calles de la Angloix y Escobedo, ahora se llaman avenida Federalismo y avenida La Paz. De la calle de la Angloix dejaron como vestigio solo una cuadra. Mis amigos Ricardo, Miguel y Beatriz vivían por la calle Pavo.

El Amarillo, se puso muy, pero muy serio y acercó su cara a la mía. Vi claramente en su frente su ceño fruncido. La cercanía de su rostro me permitió ver su ancianidad. El Amarillo aparentaba unos setenta años. Ahora pude ver sus ojos color verde en su tamaño real, opacados por una capa blanquecina que anunciaba la vejez. Era la cara lamentable y ridícula de un payaso en decadencia.

—¿Qué es lo que en realidad anda haciendo, muchachito? ¿Qué cabrones es lo que usted anda investigando? —dijo el Amarillo con voz enérgica.

—Lo que le comentamos cuando concertamos esta entrevista desde un principio —le contesté balbuciendo—. El estudio de los efectos culturales del turismo en el ejido de Puerto Vallarta.

—¿Igual al que hizo su amiguita en Cozumel?

—Sí —respondí avergonzado—, estoy utilizando su trabajo como modelo.

Puso en duda lo que le dije y, ya no en forma de pregunta, sino asertivamente, me dijo:

—Usted hace otra cosa.

—Actualizamos los datos estadísticos del estudio de los efectos económicos del turismo en Puerto Vallarta.

Se acercó a mí nuevamente y trató de adivinar, mirándome a los ojos. En ese momento mi nariz percibió su tufo podrido de tequila.

—Usted viene buscando otra cosa —volvió a afirmar.

—Venimos a aplicar también unas encuestas, con la ayuda de hoteleros y restauranteros —contesté—. La universidad nos va a apoyar con pasantes de la escuela de Turismo. El plan es elaborar un diagnóstico sanitario de la infraestructura de Puerto Vallarta, razón por la cual estaremos en Puerto Vallarta casi siete meses. Estamos terminando de diseñar la metodología y determinando el tamaño de la muestra.

—Vienen a hacer algo que me están ocultando —añadió.

No lo convencí. Entonces decidí confesar el otro motivo de mi estancia en Puerto Vallarta.

—También vengo a buscar al padre de mi amigo Ricardo.

Se dio la vuelta, dio tres pasos y luego se regresó. Intentó recuperar su imagen juvenil. Se irguió ante mí, enderezó su porte, porque al acercarse se había jorobado, y cruzó los brazos. Eso me hizo recordar una imagen de la infancia del personaje del cómic *Kalimán*.

—¿Usted quiere conocer al papá de su amigo? —dijo entonces.

No le contesté, así que él mismo respondió a su pregunta:

—Así que usted quiere saber quién es el papá de Ricardo. Esa historia es muy aburrida. La verdad cansa. Lo que le gusta a la gente es la mentira, la ficción. Las personas quieren escuchar historias de mujeres levitando y rodeadas de mariposas amarillas. Les gustan los relatos sobrenaturales de ánimas en pena, como las de *Pedro Páramo*. Muchachito, ahí tiene a los gringos pendejos que leen esa novela yendo a Sayula para buscar el lugar donde vivieron esos personajes. Buscan el Comala de la novela, piensan que existe; no quieren entender que su autor lo inventó por la derivación de la palabra «comal». La gente quiere cuentos, eso les divierte, porque la verdad les aburre. Los escritores crean historias fantásticas en torno a sus personajes literarios. ¿Usted quiere conocer la verdadera historia del Amarillo? Desde ahora le digo que se va a aburrir. Va a necesitar un buen churro.

En ese momento, se dirigió a una gaveta y sacó un puro del tamaño de los puritos habaneros de la marca Quintero, pero forjado con hojas de mariguana. Lo encendió, apagó el cerillo sacudiendo su mano y, guardando el humo que fumó, me lo dio y luego tomó de la mesa el Súper Tonaya.

—También necesitará tomarse unas buenas cañas de tequila y paciencia, así que acomódese bien en la silla —dijo y me sirvió.

—¡Salud! —Se secó los labios y añadió—: Ahí le va, muchachito.

Ese «muchachito» me pareció como si dijera: «Niño, le voy a decir en verdad quién trae los regalos en Navidad». Entonces me preparé para atrapar al mentiroso, al corrupto, al estafador, al de la doble vida. Presioné el interruptor de encendido de la grabadora:

—Empecemos por mi nombre. Yo no me llamo Ricardo, Ricardo Guerra Victoria. Mi nombre verdadero es Rodolfo, Rodolfo Paz Vizcaíno. Los novelistas inventan nombres, y yo asumí el del Amarillo porque a mí me causaba gracia ese apodo con el que me caracterizó Yáñez. Lo asumí como una máscara, una máscara de payaso que me permitía hacer bromas, contar chistes. Ese tipo de personas a la gente trabajadora le permite sobrellevar su vida rutinaria. Les relaja oír sus bromas, sus chistes. Si eso les gusta, eso les doy yo, además del tequila, que pone contento al más amargado. Si con mi caracterización del Amarillo yo podía alegrar a la gente, pues entonces qué más da ser espectáculo del mundo. Y aquí me tiene, tratando de que usted y su amiguita disfrutaran de ese mismo espectáculo: el espectáculo para turistas.

Pues fíjese que a la jefa y a su abuela las invitaban a veces a cantar a las plazas de gallos... Sí... Se cotejaban rebien para cantar... cantaban en la iglesia también... y él no... Él salió cabezón para eso...

—Ahí me tiene reivindicando el apodo de un personaje literario. Asumí al personaje desde que visité la cárcel. Fue para superar la depresión, para levantarme el ánimo. Cuántas veces no había caído en situaciones peores a las de la prisión. Cuántas veces me había levantado. Así es la vida. Tenía

que levantarme de esa, así que ante el juez empezó el espectáculo, y ahí tiene al Amarillo declarando: «Adjunto el libro o novela *La tierra pródiga* para que usted, señor juez, vea parte de mi vida». Me pitorreé del Juez. Era un hombre muy ignorante.

»En 1962 yo seguía en prisión... ¿Qué cree que hice durante esos dos años en la celda 59 de la crujía L de la cárcel preventiva del Distrito Federal?

No le contesté nada, alcé los hombros y las manos en actitud de pregunta, a lo cual contestó:

—Leer, leer, amigo: Agustín Yáñez, José Revueltas, Juan Rulfo, Rosario Castellanos. Usted no los ha de conocer. Usted debe ser de los de la onda: José Agustín, Gustavo Sainz o de un mariguano con el que usted se identifica, un tal García Parménides Saldaña. Sí, leer, leer, amigo. Eso es lo que hice yo en la cárcel.

»Yo serví para crear su personaje en la década de los cincuenta. Yo no tenía, como Yáñez cuenta en su novela, un sueño, el de fundar en medio de la nada una ciudad que se convirtiera en «un centro turístico». ¿Centro turístico? ¿De dónde sacó Agustín Yáñez la pinche frasecita? De mi boca no; es un término que tomó del técnico o del especialista.

»Él me describió vestido de traje gris. Es verdad que en aquellos tiempos me gustaba vestir un traje gris oscuro y usar incrustaciones de oro en mis dientes, pero, a ver, amigo... —Se acercó a mí, me mostró su boca sin ninguna incrustación y me preguntó—: ¿Usted me imagina vestido así, aquí en la costa? Me vestía así cuando yo andaba por Guadalajara o el Distrito Federal. —Se dio la vuelta y dio tres pasos en dirección a la mesa, donde apoyó una de sus manos, luego me hizo otra pregunta—: Dante, ¿me imagina en el invierno de los sesenta vestido de traje gris oscuro en el Distrito Federal? No, por supuesto que no, porque, en principio de cuentas, yo estaba en la celda 83 de la crujía L de la cárcel preventiva del Distrito Federal. Un periodista narró mi estancia en la cárcel en un reportaje sobre mí. Relató que yo me encontraba deprimido. ¡Hágame usted el favor! ¡Qué brillante periodista! ¿Quién chingados no se va a deprimir en invierno, en vísperas de Navidad en la cárcel? ¿Quién fregados no se va a deprimir? Los comerciantes han inventado esa historia de la Navidad para justificar la

compra de regalos, y esos cabrones no son novelistas. Los comerciantes, para hacer su agosto, lo justifican con la natividad de Jesús.

»Dante, a ver. Usted, sin ser novelista, imagínese en la cárcel el 24 de diciembre. En una cárcel con baños exageradamente sucios y, luego, imagínese vestido con un uniforme de presidiario todo viejo y roto. ¿Cómo tiznados no se va a deprimir uno? Me detuvieron por expedir cheques sin fondos en Guadalajara. En ese tiempo todavía era dueño de una de las hermosas propiedades de la costa de Jalisco: la bahía de Tenacatita. No la quería vender, ni siquiera para poder salir de la cárcel, porque fue el fruto de dos décadas de trabajo. ¡Mentira del gobernador que yo tenía el sueño de levantar la ciudad más bella del mundo en ese lugar!

»Cuando salí de la cárcel, yo todavía era dueño de una propiedad de alrededor de 700 hectáreas en Tenacatita. Había sobrevivido a todos mis socios: a Miguel Ochoa, quien hizo el aeródromo del Rebalcito; a Dámaso Cárdenas, quien me puso en contacto con el presidente Ruiz Cortines; a Salvador Madrigal, que otro novelista llamó Dr. Fernando de la Suerte, quien quiso comprar mis terrenos. Por cierto, Yáñez debió haberme llamado a mi Ricardo, Ricardo el de la mala suerte. Todos mis socios acabaron mal. El empresario Ismael Ochoa, un hombre rico dueño de varios ingenios azucareros, y el abogado Miguel Campos Somellera, empresario de Guadalajara, con la ayuda del ingeniero Luis de Rivera, sobrino de la esposa de Antenor Patiño, con quien trabajaba en el desarrollo de Las Hadas, entraron a Tenacatita con tres Caterpillar y tomaron posesión del terreno. Yo desaparecí de Tenacatita. Mis socios no me volvieron a ver, pero tampoco pudieron recuperar las 700 hectáreas que me habían comprado porque los terrenos fueron ocupados por un grupo de ejidatarios. —El Amarillo preguntó retóricamente con una sonrisa de oreja a oreja—: ¿Ejidatarios? ¿Coincidencia? Y, más tarde, apoyados por el presidente Luis Echeverría, un sindicato de azucareros construyó en una península de la bahía, hacia mediados de los setenta, un hotel llamado Los Ángeles Locos de Tenacatita. El nombre «Los Ángeles» fue por el nombre de mi esposa: María de los Ángeles. Lo de los locos se lo pusieron por los locos, o sea, por mí y mi hermano Juan. El sindicato, cabe decir, aún hoy tiene la posesión del terreno, aunque no la propiedad, que es de los empresarios

sobrevivientes de Jalisco: Ochoa y Campos Somellera, dueños de las 700 hectáreas originales, incluidas las sesenta donde está construido el hotel de Tenacatita. Dicen que yo no volví a aparecer más en la historia de la costa de Jalisco, pero ¿qué tal en Guadalajara?

Rodolfo me comentó esa noche que uno de sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras (por cierto, fundada por Agustín Yáñez), cuando leyeron *La tierra pródiga*, le dijo que en el centro de Guadalajara, en el café Madoka, encontró al Amarillo desayunando, echándose su cafecito con su piquetito de tequila que, de contrabando, disfrazaba en un termo. Otro alumno más le dijo que se lo encontró con una linda mujer en el restaurante bar Carnes Asadas Tolsá, precisamente llamado así por el nombre que tenía la calle de la ciudad de Guadalajara de los años sesenta; hoy esta avenida se llama Enrique Díaz de León.

Recuerdo cuando tenía ocho años... Yo nací en 1948... La muerte de mi abuela, la materna, aquí en Vallarta... Pusieron una mesa negra en medio de la iglesia, sin quitar nada... con bancas y todo... en la iglesia principal Nuestra Señora de Guadalupe... Entonces, en esa mesa negra del tamaño de una caja de muerto... ahí colocaron a mi abuela, ¿verdad?... en su caja de ella... y en el coro, arriba, había un señor con un órgano... Todavía vive... se llama Elías, el Push... Y así lo conocen los vallartenses... No le vaya a decir, ¡eh!... y este señor contestaba... hablaba en latín allá y le contestaba el padre también... echando este el incensario alrededor del muerto... y no había un solo cántico y el acólito con una vasta con la cruz de Jesucristo... La caja de mi abuela era gris, todo lo conseguíamos aquí en Vallarta... incluso una jaula de pájaros...

—¿Jesús murió? ¿Existe solo porque hablamos de él? Dante, a este tipo de preguntas respondí en mi estancia en Guadalajara. Paul, Paul Walker, un misionero, me convirtió en un verdadero lector. Paul Walker vino a México en aquellos días para predicar el evangelio, con la convicción que acá había algunos hermanos que formaban parte del pueblo de Dios. Tenía la

convicción de que Dios tenía un pueblo para sí mismo; pero lo que encontró fue a casi nadie en las iglesias que él predicaba. Uno, dos o tres ancianas, dos o tres jovencitas, uno o dos jóvenes, ningún hombre crecido. México era un campo duro, por lo que él oraba: «Dios, por favor, salva a México». Ya se imaginará por qué tuvo tiempo en Guadalajara para enseñarme a leer la Biblia. No se le paraban ni las moscas. Él me enseñó con la Biblia en mano no solo a leer, sino a interpretar lo que leía. Este misionero me quitó lo analfabeta bíblico. ¿Por qué cree que yo ya no soy un patriotero seguidor de la Virgen de Guadalupe? ¿O una persona que al final de su vida se deja las barbas largas y llega con una bandera mexicana a cada uno de los actos oficiales? Como usted puede ver, yo soy un iluminado por mis lecturas. Dejé de ser un burro, con el respeto que me merecen, aunque, por la gracia de Dios Padre, no he podido nacer de nuevo, no soy una nueva criatura, no he resucitado de los espiritualmente muertos.

»Amigo, Paul Walker me enseñó a leer la Biblia, a descubrir cómo su tema central se enfoca en tres figuras: una es Jesús, el hijo de Dios y del hombre; la otra es Dios, el padre Yahvé; y otro es el Espíritu Santo. Me enseñó que la lectura superficial y tendenciosa del lector común no le permite percibir cómo el Nuevo Testamento no pretende convertir a ningún lector. La Biblia por sí sola no convierte y no ha convertido a nadie, ni convertirá. El único que puede convertir es Jesús, y si lo hace es por la voluntad del Padre Dios que lo lleva a él, es un milagro del Espíritu Santo. Es una operación milagrosa. Solo el convertido puede entender espiritualmente la Biblia. Paul me dijo que el lector común nunca podrá percibir el contenido espiritual de la Biblia, porque el pecado del lector común lo ciega y su necia lectura nunca le ayudará a comprender la Biblia. Paul afirmó que, efectivamente, cada lector común percibe su propio Jesús; hay tantos lectores del Nuevo Testamento como interpretaciones del mismo. Cada lector tiene su propia percepción de la Biblia: unos encuentran a un Jesús enigmático, otros han querido encontrar a un Jesús histórico, otros al bíblico, al teológico, al humano, al literario... Cada lector tiene su interpretación de quién es Jesús pero todos la sacan de la misma fuente, porque lo común a todas esas interpretaciones es la Biblia, la verdad espiritual que está en ella es una.

»Él me enseñó que el lector común, en su lectura superficial del Nuevo y el Antiguo Testamento, no encuentra parecido entre Jesús y Yahvé. Para este lector ingenuo, comúnmente, son dos personas que no comparten la misma sustancia. Además, el lector se confunde porque lo que encuentra en la Biblia son figuras, no personas, y nunca encontrará personas en ningún libro, jamás encontrará en un texto a persona alguna. El lector nunca encontrará a la persona de Napoleón en un texto, así sea el mejor texto histórico. Lo que el lector encontrará es la figura, la representación de la persona. Dante, así es, en la Biblia lo que tenemos es la figura humana. La figura de Dios aparece con relación al hijo, y esta es la del Padre. Como lo puede afirmar cualquier lector: la figura de Dios aparece en el Viejo y el Nuevo Testamento con rasgos de personalidad y carácter humanos.

»Yo le pregunté a Paul cómo se podía presentar la figura de un Dios que no es material o que no posee un cuerpo físico, y él me contestó que en las Escrituras se nos representa a un Dios que no está limitado a las restricciones físicas que son comunes entre los hombres, y que no es visible. Para hacerlo visible, en las Escrituras se habla de Dios como si poseyera un cuerpo físico. Sus brazos, espalda, aliento, oídos, ojos, cara, pies, dedos y, por supuesto, su carácter, pero estas referencias son consideradas expresiones dizque antropomórficas. En otras palabras, los autores de las Escrituras describen a Dios con características humanas para comunicar sus atributos y que, de esta manera, los hombres puedan comprender su carácter. Sería absurdo que el lector interpretara literalmente las figuras, más exactamente las metáforas, que se encuentran en la Biblia; por ejemplo, cuando se habla de las «alas» de Dios y el pueblo amparándose «bajo la sombra de sus alas». —El Amarillo toma su Biblia para darme ejemplos y citas: Éxodo 19:4; Ruth 2:12; Salmo 17:8; 36:7; 57:1; 61:4; 63:7; 91:4—. Así es, Dante, Paul Walker me enseñó a leer de verdad, porque yo había aprendido únicamente las letras y los números suficientes para comerciar.

Cuando íbamos a la escuela llevábamos, mire... una cosa de manta... una cosa que llamábamos portatextos... era una talega... otro pedazo de ropa

acá... así... agarrando la bolsa... Allí era el pizarrín... porque lápices no recuerdo que había en ese tiempo... A veces escribíamos con espigas de erizos... peces del mar... y hay unos que tienen la puntita gruesa, como los erizos... pos haga de cuenta una piza... porque casi no se usaba el papel... era pizarrín o en el pizarrón... No había a veces gises... Hay una cosa que se llama tizate... eso lo dan acá por Bucerías... un cerro en falda... Así se llama el tizate porque allí había eso... y el maestro mandaba a los más grandecitos a traer tizate y ya... nos lo vendían a nosotros para que pudiéramos pasar al pizarrón... pos una cosa de allá... de casi el diablo...

—Además, no me va a creer. El hombre que duerme allí —Señaló con su dedo índice—...no es Sotero Castillo. —Luego añadió—: Quien duerme ahí es Francisco Lepe.

A mí me han dicho que Francisco Lepe vive en la calle de Vicente Guerrero número 227... 278... Ya le erré...

—¿No me cree? Sotero Castillo fue un personaje literario inventado por el novelista. Su modelo fue Casimiro Castillo, quien nació en Autlán en 1885. Casimiro fundó el Sindicato de Agricultores Pobres de Autlán en 1921. En 1925 lo asaltaron y quedó gravemente herido. Los vecinos lo condujeron a Manzanillo y después se lo llevaron a un sanatorio en Guadalajara, donde falleció unos días después, el 12 de mayo.

Eso que es horita la catedral era casa de adobe que hicieron con los vecinos... hasta los abuelos cooperaron... ah... pos cooperaban... e hicieron la casa de adobe y de teja... así duró muchos años... que yo recuerdo... de 1918... ya recuerdo bien todo... Él nació antes pero no me acuerdo... pero no estoy seguro si allí era la iglesia... porque había otro lugarcito que le decían la capilla... pero era una casa... no había capilla...

era una casa... porque se vino una revolución y pues el desorden... La revolución fue una cosa fea... Nosotros estábamos así en la escuela... Entraban: que vienen los villistas, que ahí vienen los zapatistas, que ahí vienen los obregonistas... y nosotros a meternos a las casas y entraban echando bala... a nadie... No había destacamento... nomás para asustar a la gente... yo no sé por qué verdad... así hacían y nosotros como pájaros volábamos... Él allí vivió... allí nació... pues ahí a media cuadrada de aquí...

—Ese Casimiro Castillo fue un comerciante de frutas y legumbres, como yo, que deambulaba por rancherías, particularmente, en la hacienda La Resolana. A ese fulano ni lo conocí. Al hombre que conozco es de carne y hueso. Y ni a la escuela fue. —Volvió a señalar con su índice en dirección de la recámara—. Era líder agrario, fue el que reunió a un grupo de treinta o treinta y seis gentes porque, como él dice, en esta región tenían pura gente cacique apoderados de las tierras. Los caciques armaron a sus mozos y les mataron a dos compañeros de este grupo de agraristas, uno en Agua Azul y otro en Palo Seco, que eran potrereros. Lepe Cortez hizo un censo con machotes que le dieron para que lo firmara el grupo que organizó; llevó la lista a las autoridades agraristas para elaborar un padrón y que se les adjudicaran las tierras. Posteriormente, dieron una ampliación y tuvo a su mando la defensa rural. Fue comandante de un pelotón de treinta y seis hombres y llegó a ser regidor de Puerto Vallarta. Él es el tercero del censo básico del agrarismo, es de los fundadores del ejido de Puerto Vallarta.

»Las parcelas ahora las están vendiendo para ganar dinero. Lepe tiene una parcela de seis hectáreas, la fotografía la puede ver ahí. Tiene un palmar de coco de agua, seiscientas palmas que vende a cincuenta mil pesos a los hoteles. Le ofrecen doscientos millones por la propiedad, pero él quiere trescientos. Su terreno colinda con una vena del estero del Salado. Da gusto verlo plagado de caimanes, que son fotografiados por los americanos. Los carajos están de largos como esta mesa. También hay tortugas.

»Él y yo trajimos a dos presidentes de la república al salón del agrario. Lo acompañé en comisión y los invitamos a venir. Primero a Luis Echeverría y

luego a López Portillo.

»El comisariado actual resultó un bandido. Les robó quinientos setenta millones de pesos que tenían con Petrioccheli en Hacienda; lo tenían ahí para que generara intereses. Pues bien, este amigo fue, los sacó y los tiró en cochinada y media. Lo gastó en borracheras y tarugadas. Pancho García, se llama, y para escudarlo y protegerlo de ir a la cárcel lo hicieron regidor. Esa es la lucha que traemos; digo traemos porque ahora ya estoy metido en el berenjenal. No solo este marrano les robó, sino que les tiró el salón. Tumbó el edificio en donde conmemoraban el 5 de diciembre con una gran fiesta; lo dejó en puras varillas. Puedes ir a verlo cuando desees. Y todo dizque para hacer un hotel en la colonia Emiliano Zapata. A los ejidatarios les dieron una manzana por dos de cada uno de ellos. En uno de estos lotes se hizo el edificio donde se llegó a recibir a los presidentes, hágame el favor. Ese cerdo, de la generación de los hijos de los ejidatarios, fue de los primeros en vender sus parcelas a particulares. El caso es que ahora a ese Pancho se le quiere meter a la cárcel porque hizo unas cosas tan de a tiro a lo estúpido que ha hecho enojar a casi los 180 ejidatarios. Lo quieren sacar de regidor, quitarle el fuero. Nos vamos a reunir con un diputado, creo que se llama Sánchez Urbina, del Congreso del Estado de Jalisco. El diputado vendrá a esta casa. Lepe se encargó de invitar a veinte ejidatarios de esos 180, y nos vamos a reunir el 17 de este mes, el sábado próximo. Es mi última lucha.

»No me cree, ¿verdad? Nunca le di la gloria a Dios, sino a los meros macizos de la política. Mientras yo les fui útil, ahí estaba; desde que el señor presidente Adolfo López Mateos me concedió el indulto, diciendo «al hombre que ha hecho servicios a la Nación...». Y ahí me tenían los cabezones del Gobierno federal en su rataplán, en la costa jalisciense sirviéndole a la nación.

»Dante, le voy a platicar de uno que sí era un verdadero cabrón y un hijo de la chingada: el Lic. Gustavo Díaz Ordaz. En aquel entonces, como señor presidente, llamó a su director del Banco Nacional, a quien pidió que le hablara a José Brockamann Obregón. Fíjese bien, amigo, en el apellido: Obregón, aunque sea de la cola. El director le dijo al tal Obregón que el presidente quería un hotel para recibir a los que asistían a las Olimpiadas

del 68. Y ahí tienen a don José comprando el terreno del Hospital Inglés para construir el hotel Camino Real del D.F.; a la par, construía el hotel Camino Real en Puerto Vallarta, porque al señor presidente se le ocurrió traer hasta acá a Nixon a un encuentro internacional de presidentes.

»El Lic. Díaz Ordaz me llamó en 1970 porque se quedó muy arisco con el complot comunista del 68. Desde el Distrito Federal me trajo a Vallarta. Quería que los ejidatarios nos repartiéramos por todo Vallarta para escuchar y detectar cualquier rumor sobre la posibilidad de un complot comunista para asesinar al presidente gringo. Y aquí estuve, haciéndola de investigador a nivel internacional para la reunión de Díaz Ordaz y Richard M. Nixon. Luego me hicieron venir en 1973 para organizar la constitución del fideicomiso de Puerto Vallarta. Me encargué de organizarle al presidente del comitariado ejidal de Puerto Vallarta la comitiva para la asamblea del 5 de marzo de 1974, que sería en la mismísima casa presidencial de Los Pinos. Y luego, como el Ayuntamiento siempre le ha dado una regiduría en el municipio de Puerto Vallarta al comisionado ejidal, pues ahí me tienen de asesor del comisariado en enero de 1977 para enfrentar a la coalición de un tal Dr. Efrén y un muchacho al que le decían el Che, que pedía democracia. Pero, amigo, ¿cuándo el PRI ha dado democracia? Lo que da es pura madre.

»Al final de mi vida estoy ayudando a este pobre viejo y a los 180 ejidatarios en su lucha contra el cabezón, digo, el orejón que está de presidente. Este orejón cambió el carácter jurídico del ejido, cuyos terrenos no se podían vender. Desde entonces, se pueden vender las tierras al mejor postor, lo que a los campesinos costó sangre, sudor y lágrimas. Los tecnócratas de la planeación llegaron al poder. ¿Cómo ve? Las cosas cambian. Hasta yo. Ahora juego en el equipo de los perdedores. ¿Qué le parece?

Me encontré sentado de tal manera que, por primera vez, pude observar muy bien el cuadro que representaba la barra de arena en Barra de Navidad, el cielo pintado como el de *La noche estrellada* de Vicent van Gogh, pero con una combinación de verde, amarillo y azul. No sé si porque la sala estaba mejor iluminada o yo más cerca de la pared donde estaban los cuadros. Además, los colores del cuadro de Lepe se me hicieron más vivos en la representación popular de 1981 de Puerto Vallarta. Redescubrí sobre

la mesita la Biblia con la que el Amarillo había citado versículos durante la entrevista. Creí descubrir en ella la misma Biblia de su amigo Joseph. Al final, no te puedo decir si toda esta percepción fue producto de la combinación del cannabis y del tequila en mi cerebro.

El Amarillo vio cómo observaba con detenimiento la pared llena de cuadros, fotografías y planos, y me dijo: «Sí, vea muy bien esas imágenes de Barra de Navidad y de Puerto Vallarta. Esas imágenes ya no corresponden con la realidad. Esos lugares ya no existen».

De nuevo se levantó y señaló el cuadro en el que se podía observar al calce la firma de *Lepe 81*, era una pintura naif de un pueblo pintado de blanco, con sus casas adornadas de tejas todas ellas, donde sobresalen dos templos, uno coronado con ángeles que portan una corona, en el que los cielos están inundados de ángeles. El cuadro que señaló con su índice el Amarillo se pintó con ingenuidad, carente de planos y perspectiva. El maestro que lo realizó utilizó los colores amarillo, verde, azul, magenta y rojo. Escenas costumbristas, el ambiente selvático del puerto, la frescura de sus florestas, la vida cotidiana de los años cuarenta, el paraíso de la infancia de este pintor popular.

—Esto fue el paraíso de Manuel Lepe ¡Qué lugar no es el paraíso cuando uno es niño! Manuel era un niño en la década de 1940. Vivió en el Vallarta donde jugó de manera inocente, sin preocuparse por su futuro. Jugó en ese lugar donde contrastaba el blanco caserío con el múltiple verde de la selva y las aguas impolutas de la bahía. La mente infantil de Manuel Lepe Macedo representó el paisaje de ese Vallarta con pequeños angelitos, niños.

»Ese Vallarta paradisiaco es el de la infancia del pintor, y hoy ya no existe. Él falleció de un aneurisma cerebral el 9 de septiembre de 1984. Ahora lo que tenemos son reproducciones de ese Vallarta muerto y de su autor muerto. Ese Vallarta decoró, impreso en veinticinco obras, las fincas del actor Richard Burton y la actriz Elizabeth Taylor. Cuando las vendieron, incluyeron esas obras en la operación inmobiliaria. Mire, amiguito, eso permitió que la obra que representa al Puerto Vallarta muerto, de este pintor también difunto, viva en el mercado comercial de la plástica internacional. Ahora ese paisaje ficticio de Puerto Vallarta forma parte de colecciones de presidentes y conoedores de arte, del Museo Real en el Castillo de

Windsor. Este hijo de campesino fue nombrado en 1976 por el presidente de México, Luis Echeverría, «verdadero pintor de México y Jalisco», por lo que el 17 de abril se celebra anualmente el día de Manuel Lepe en Vallarta. Lo más curioso, amiguito, es que este pintor del que le estoy hablando fue el tercero de los once hijos del ejidatario Francisco Lepe.

»¿Y de qué sirve esta pintura si lo que se mira aquí ya no existe? ¿Existe solo porque hablamos de ese Puerto Vallarta muerto? Fíjese, ¡qué curioso! Cuando usted publique estas entrevistas, los campesinos que lo recibieron vivos en sus casas de seguro ya estarán muertos, y usted tendrá solo las voces de difuntos. Usted, como ese escritor famoso del sur de Jalisco, tendrá a sus muertos. Los escritores se alimentan de los muertos. —Seguí observando la pintura, me costó trabajo asociarla con la ciudad turística que visitaba entonces. Para esas fechas todavía estaba muy lejos de cumplirse la profecía del Amarillo—: Mire que yo no soy religioso, ni profeta, pero puedo profetizar. Ahí le va: En estas tierras de la costa jalisciense se van a encontrar terrenos en siete millones de dólares. Se venderá a tres mil dólares el metro cuadrado. Habrá en venta residencias pequeñas desde trescientos cincuenta mil dólares. Incluso, en Barra de Navidad se encontrarán residencias de once millones de pesos y sus dueños serán puros extranjeros.

Me tomó del brazo con su mano áspera y me levantó de la silla. Fue en ese momento que palpé su complexión atlética y su estatura real. Me llevó como a un niño al balcón de la casa, me señaló hacia la playa y luego me condujo a la pared donde yacía un plano turístico de Puerto Vallarta y me dijo:

—No se me quita de la cabeza. —Señaló con el índice la Playa de Los Muertos, trazó una línea imaginaria con su dedo, que pasaba por San Marina, Los Arcos, la Playa de Olas Altas hasta llegar al hotel Rosita—. Todo eso nado en dos horas, son como tres kilómetros, los mismos kilómetros que de joven nadaba en una hora desde Barra de Navidad hasta Melaque. Muchachito, un día de estos, yo no nadaré por esa ruta. —Me señaló nuevamente con su índice la Playa de Los Muertos, pero ahora dibujó con su dedo un trazo que se perdía en el horizonte—. Así es, ese día, mientras tenga fuerza, nadaré hasta allá. No esperaré la segunda venida del

Señor Jesucristo como mi viejo amigo Joseph. —El Amarillo me llevó de nuevo a la silla donde, literalmente, me sentó y me dijo—: Ahora continúo con el tema, amiguito. —Tomó mi vaso tequilero vacío y el suyo, sirvió el tequila y brindó—: ¡A su salud!

»Muchacho, yo no moriré en Guadalajara ni en ninguna otra parte. Voy a morir en Vallarta. Aquí entregaré esta carne vieja al mar. —El Amarillo vio que me quería levantar del asiento, y ordenó—: Ahora se aguanta, amiguito. Quería saber la verdad, ahora se aguanta. Ya estamos al final de nuestra última entrevista. Yo sé que cuesta escuchar este tipo de temas. Duermen. —Se volvió a acercar a la mesa, tomó la botella, llenó su vaso tequilero y el mío y volvió a brindar—: ¡Salud!

»Sí, muchacho, estaba completamente loco. Para mí la vida era una broma. Cómo no iba a hacer la payasada de registrar a mi hijo con el nombre de Ricardo Guerra Castillo. Mi amigo, eso sí, loco, loco, pero nunca dejé de apoyar a Gertrudis, la madre de mi hijo. Cuando Ricardo estaba en la primaria, le puse una tienda de abarrotes en las calles de La Angloix y Escobedo.

»Hasta la fecha, cuando puedo ayudar a Ricardo con una recomendación de algún cabezón influyente, lo ayudo. Mi hijo es tan orgulloso y soberbio que necesita de mensajeros como usted. —Tomó su camisa del cuello—. ¿A quién se ha de parecer? Todas las ocasiones que ha necesitado algo de mí, de alguna manera, envía a un mensajero. Mi hijo no da paso sin guarache. ¿Usted cree que mi hijo hubiera podido llegar a donde ha llegado, y por sí solo?

Lo interrumpí, le dije que Ricardo no me dio mensaje alguno, que no pidió nada, solo buscar a su papá, pero el Amarillo me contestó:

—¡Ah, qué muchachito! Usted y su amiguita son el mensaje. —Soltó una carcajada que creo que hasta despertó a Francisco Lepe en su recámara—. Su querido amigo tiene tan retorcida la mente y el corazón que ha encontrado la manera de pedir sin pedir. Al cabrón lo conozco como a la palma de mi mano. No en balde yo soy su padre.

No me di cuenta cuando terminó la entrevista. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir estaba en la cama del hotel. No recuerdo hasta hoy cómo terminó la entrevista.

Beatriz me acompañó varias veces a buscar al mentado Pancho para entrevistarlo. Él era el comisario ejidal en aquellos días del ejido de Puerto Vallarta. Lo buscamos en las oficinas del Ayuntamiento. Ahí nos informaron que al comisario se le asignó la regiduría de panteones, parques y jardines. Les comentamos que varias veces lo buscamos y que siempre encontrábamos sola su oficina. Nos respondieron que él era un aviador.

En la última visita al edificio del Ayuntamiento de Puerto Vallarta, nos detuvimos en el mural que lo adorna y descubrí que reproducía el cuadro que había observado detenidamente en la pared donde habíamos entrevistado al Amarillo. Me percaté con mayor nitidez de cómo se reproducía la tipología de construcción costeña y la serrana en Puerto Vallarta. No se veía la transición entre una y otra. Era una representación maniquea que dejaba de lado la famosa tipología funcionalista que empezó a dominar el paisaje urbano de Puerto Vallarta a partir de 1960. Por cierto, la tipología funcionalista fue sustituida por la que dibujan los edificios de hoteles «todo incluido».

Estuvimos el 5 de diciembre muy atentos al posible festejo del ejido de Puerto Vallarta. Los ejidatarios festejaban ese día porque el 5 de diciembre de 1929 les dotaron 7,000 hectáreas a una cuarentena de campesinos de cuatrocientos solicitantes después de cuatro años de lucha. Ese día festejaban en la Casa del Agrario. Dicha casa dependió de la negociación con el comerciante Agustín Flores, quien prometió construirla a cambio de que toda su producción se entregara exclusivamente a él. Ya no tenían casa. Para sus reuniones se les prestaba el auditorio Agustín Flores, que, por cierto, fue producto de una construcción funcionalista.

Regresamos a la ciudad de México.

El Amarillo manejó el auto el resto de la tarde sin parar. Quería hablar, pero iba borracho y no podía pronunciar palabra. Tuvo que repetir mentalmente las palabras hasta sentir que salían ya articuladas. Gertrudis estaba aburrida de escucharlo, de oírlo hablar y hablar; ni siquiera tenía idea de lo que quería decir. Desesperado, subió la voz:

—¡Al demonio con todos estos buenos para nada!

—Tú eres lo único que vale la pena aquí...

Atardecía cuando cruzaron el valle de la Resolana. Subieron la cuesta del zapotillo y, al llegar a la cumbre, vieron cómo se iluminaba por la luna. El Amarillo detuvo la marcha del auto y tomó a Gertrudis por el brazo para que descendiera. La condujo al extremo del camino donde la tierra caliente se podía ver en toda su extensión.

Los dos se quedaron mudos, contemplando el paisaje. Contrajo los puños. Dio media vuelta, estrechando la mano de la muchacha; ella entrecerró los ojos como si la hubiera lastimado. Se abrazaron con furia. La joven le mordió los labios y él la llevó al auto.

Elena, entre tanta gente impertinente, trató de conservarse inalterable; quería aparentar serenidad en el mando de los preparativos para la fiesta. Nada quería descuidar, trataba de armonizar las voluntades y discrepancias de cocineros y mozos, filarmónicos y coheteros, acarreadores, cantadoras, bailadoras, galleros, albañiles, carpinteros y pintores. Trataba a toda costa de disimular su desaliento, su amargura. Nunca se había sentido tan hipócrita. Para ella era muy difícil agradar a las esposas de los señores influyentes, acostumbradas a toda clase de comodidades. Pensó que si estas mujeres venían en plan de aventuras, se verían frustradas por los mosquitos y las moscas y, sobre todo, por la falta de baños. Con tanta incomodidad, no tardarían en empezar a quejarse con sus maridos. Ante la situación, Elena ordenó a los músicos que empezarán a tocar. El Amarillo no estaba presente: estaba segura de que se había ido con Gertrudis, su refugio, pues era un viejo que buscaba rejuvenecerse con una niña. Se compadecía de la pobre jovencita, sabía lo que el Amarillo era capaz de hacer.

Elena escuchaba la música, contempló las luces de La Encarnación; parecía que las notas desgarraban completamente el viento. Estallaron los fuegos artificiales, el anfiteatro se pobló poderosamente de luces de variedad creciente: las olas, que se paseaban en tinieblas, se iluminaron con los relámpagos de los fuegos. Ella miró hacia la cumbre, sabía lo que pasaba allí.

El Amarillo, por más prisa que se dio por los atajos de los caminos, encontró a la gente dormida, por lo que no pudo avanzar mucho en los

preparativos. Levantó a los coheteros para que prepararan los fuegos artificiales, los cohetes y las luces de bengala que esa misma noche se quemarían. Dio las instrucciones necesarias a los músicos. Se arrancó a toda velocidad a punta Gertrudis; se imaginó que la muchacha lo esperaba.

El Amarillo la impulsó al asiento trasero del auto, donde durante algún tiempo permanecieron ceñidos, confundidos en un solo bulto, nudo informe. Se concentraban en una extraña rabia que era transmitida por la sangre mientras sentían que los nervios explotarían en una alta tensión de caricias. Ella jadeaba y se sacudía como si se le estuvieran dando aquellos toques eléctricos que siempre causaban curiosidad y sorpresa en las ferias y las fiestas de los pueblos. Sintió cosquillas internas y hormigueo y, posteriormente, vino un súbito desvanecimiento, como cuando se sueña caer en abismos sin fondo. Finalmente, ocurrió la fatiga y debilidad, un reposo de aniquilamiento.

Ricardo superó a su papá el Amarillo con creces. No sé si Ricardo estaba muy enamorado de Beatriz, lo que sí es cierto es que en varias ocasiones utilizó la avioneta de la institución para ir con ella a Cancún, Islas Mujeres o Los Cabos. Cuando conocí a su padre, pensé que podía explicar la conducta de nuestro querido amigo. De él heredó lo mujeriego. Su mamá Gertrudis contribuyó con los mimos, por ser hijo único, a que nuestro amigo fuera egocéntrico, orgulloso y codicioso. Además, su madre le transmitió también su resentimiento por haber sido abandonada, pero ¿ella qué podía esperar? El Amarillo le hizo exactamente lo mismo que le hizo a Elena. Además, Ricardo leyó la novela *La tierra pródiga*. ¿Qué se podía esperar de nuestro amigo?

Rodolfo comparó, esa noche del velorio, a nuestro amigo Ricardo con el Quijote, pero nuestro amigo leyó no novelas de caballería, sino la novela donde se describen las locuras de su papá.

Rodolfo y yo recordamos que Ricardo era muy noviero cuando vivimos en el barrio de La Santísima Trinidad. Le gustaba llevar serenata a las chavas del barrio. Primero, porque no tenía dinero, invitaba a las serenatas

al Jerry, que cantaba canciones del Pirulí, pero cuando le consiguieron la primera de sus chambas, siguieron los tríos contratados en San Juan de Dios. Era todo un rito. Empezaba con las caguamas en la tienda de su mamá, y ya que se sentía envalentonado, pues ahí íbamos en su Dodge Dart blanco con su séquito de cuates a contratar al trío. El repertorio de las serenatas siempre incluía las mismas canciones: *Sin ti, Usted, El reloj, Celoso, Cien años*.

Ricardo era tan codicioso —por no decir vicioso— que incluso ya casado con Paty y con dos hijas continuaba con sus serenatas. El problema era cuando terminaba la serenata, pues agarró la costumbre de llevarme a esa hora a su casa. La primera vez no hallaba dónde meterme de la vergüenza con Paty, aunque ella fue siempre muy educada. Nos recibió toda desvelada y, aun así, nos ofreció un cafecito. Lo que sí me sorprendió fue ver que le llevara las pantuflas a Ricardo y que ella misma le quitara los zapatos para ponérselas. Ricardo alcanzó a percibir mi cara de sorpresa y, para justificarse, en broma me dijo:

—Así se trata a las mujeres, amigo.

Su mujer es un alma de Dios. Después de una de las tantas trasnochadas, incluso nos preparó un menudo. Un día acompañé a Ricardo a curarnos la cruda a su bar favorito, ubicado en contra esquina del edificio de Fonatur, porque esa noche de la ronda de serenatas con tríos contratados en la Plaza Garibaldi nos fuimos directo a las oficinas. En el bar, me hizo una confidencia.

—Dante, descubrí que Beatriz está enamorada de Miguel, nuestro amigo el filósofo —me dijo—. La descubrí por las miradas que le dirigía a Miguel a la hora de nuestras reuniones de trabajo. Además, ella cambió radicalmente su trato conmigo. Cada que podía se burlaba de mí y me decía: «Ricardo tú eres casado». Y añadía cantando: «Ricardo tú eres casado y te regaña tu señora». Y ya sabrás, cuando se me ocurrió enviarlos a trabajar juntos a Cancún, Miguel no respetó el compadrazgo que tiene conmigo. ¿Cómo ves al pinche compadre? Claro que le reclamé, pero me contestó que él no estaba casado.

Ricardo se enfurecía cada vez más y, con los puños apretados, me dijo:

—Les regalé su luna de miel a estos cabrones.

Ricardo fue el que realmente no respetó la relación de compadrazgo y amistad. Utilizó el poder que tenía sobre nosotros. Primero, envió a Miguel a una investigación para implementar un centro cultural para un futuro proyecto turístico en Los Cabos. Miguel, por supuesto, era muy versátil: podía hacer floristería, ser secretario del Instituto de Estudios Sociales, jefe del Departamento de Filosofía y redactor de cartas del director del SIAPA en Guadalajara. Por otro lado, la misión de Beatriz era dirigir la construcción de un hotel en Acapulco enfocado al turismo social para el sindicato de profesores que sería cofinanciado por el sector turístico del Gobierno federal. En segundo lugar, Ricardo puso al tanto a Miguel de la relación que tuvo con Beatriz.

Puedo imaginar a Ricardo diciendo: «compadre, no seas provinciano, Beatriz es buena para una aventura». Conocíamos a Ricardo, cuando él se decidía inyectar su ponzoña, no se medía. Miguel, Beatriz y yo lo conocimos realmente cuando trabajamos con él en Fonatur.

Otro día, después de una de las tantas serenatas a las que acompañé a Ricardo, me invitó a su casa como se hizo costumbre. Por supuesto, cuando llegamos, su esposa Paty le puso sus pantuflas. Ricardo me guio a su biblioteca y me invitó un coñac para el café que nos había preparado Paty. Ya solos, caminó hacia donde se encontraba su caja fuerte, sacó un legajo formado por una serie de cartas escritas de puño y letra de Beatriz. Me las entregó para que las leyera. Se quedó mirando mi rostro, esperando a ver cuál era mi reacción mientras las leía:

Sr. Miguel, no tiene derecho a ocuparse así. Todas mis células grises evocan su imagen, un verdadero archivo audiovisual. ¿Por qué tantas sonrisas, tantas preguntas? ¿No se cansa de asediarme? ¿No le parece que ya es bastante? ¿Es que acaso es usted un duende que quiere tiranizarme, imponiéndome reglas para sus juegos?

Deme algún espacio para mí, que traigo tanta belleza por su culpa, que las gentes no saben ya qué hacer conmigo. Porque es muy extraño, me invade un pudor que no me deja hablar de usted, de cómo me siento. Es como un juego para mí sola y para usted, con quien dialogo; le enseño

nuevas caras de acá, le presento más amigos, siempre me acompaña por mis calles. No tengo sosiego, créalo, he andado como sonámbula, sin saber si usted no era más que un sueño.

Los primeros días encontraba su olor en mi cama. No se imagina de mis secretos encuentros con su almohada. ¡Cuánto la abracé, le lloré y mimé como a mi hija! Puede que ya usted sospeche que se dio con una losa entre nosotros. A mí también me lo parece: solo ando en busca de su rostro; por eso, muchas gracias. Estoy desarrollando una gran pericia como detective de la metafísica: usted es mi alegría, la fuente de energía para mi voluntad, y mi bondad. ¡Tanto le debo! Aún están vivas sobre mi piel sus caricias que se reeditan una y otra vez a su gusto. No tiene idea de cómo me acompaña aun estando ausente. Ahora no se asuste ni intente rebelarse, porque el que entrega amor, corre el riesgo de recibirlo...

Acapulco, 13 de agosto de 1989. 11: 00 p. m.

Tendré que aceptar el límite: en el espacio, el cuadrante de estas hojas; en el tiempo, el que cuento para escribirle, o más bien, hablarle. Intervalos discontinuos que aprovecho para tenerlo cerca: de esta manera, mientras realizo estos trazos, usted cuando los lea los sentirá en la misma condición de presente en que ahora se hacen tangibles para mí. El tiempo transcurre en mí extrañamente, se asemeja a un solo bloque que quisiera mover de una vez, pero estoy atrapada en él, al igual que usted. Impaciencias del corazón, que me impone mis urgencias. Nunca le pregunté su color preferido, tampoco la estación del año, ni número de suerte, el más alto concepto de su creencia, los momentos más felices; mientras que usted llegó hasta el fondo y supo que he quedado sometida, amándolo, sin remedio. ¿Cómo lo logró? Se apoderó de mi voluntad para después marcharse. La historia tiene toda la traza de una conquista mongola al

imperio chino, de nada le sirvió su muralla ante la astucia de Gengis Kan. Estoy convertida en protagonista involuntaria de una conquista, sin fuerzas para rebelarme ante un aventurero, con la guerrera de mil caras: novio tradicional, amante impositivo, amigo de lo sincero en el uso de todas las «fases». ¿Cómo discriminar un papel en este raro escenario? Mucho me esfuerzo en pensar y solo alcanzo a construir la tímida imagen de la amada.

Acapulco, 17 de agosto de 1989. 1:00 a.m.

Mi querido amigo, amor o ¡no sé qué!

¿Qué me pasa con el sosiego? ¿Será su ausencia o la angustia de si será feliz al recibir estas cartas, o si usted mismo se sentirá en estado de extrañamiento, si me temerá al verme con tanto ímpetu, si descubrirá solo un hilo de incoherencia, si ya se arrepintió? Por qué no buscamos palomas reales y las enviamos: yo le enviaría besos. Y usted lo que prefiera... Si me deja escoger, le pediría una sonrisa.

Perdone tanto insistir, pero es que lo necesito tanto. A veces me pregunto si usted existe realmente o es un sueño bueno que me acompaña... Entonces comienzo a temer que pueda despertarme.

Sea feliz en mi nombre.

Beatriz.

Acapulco, 16 de agosto de 1989. 10:10 p. m.

P. D. Le transcribo el texto que tanto me pidió: Federico García Lorca

Primer acto: Doña Rosita la soltera.

(Queda la escena sola. Un piano quedísimo toca un estudio de Caray. Pausa. Entra el primo y al llegar al centro de la habitación se detiene porque entra Rosita. Quedan los dos mirándose frente a frente. El primo avanza, la enlaza por el talle, ella inclina la cabeza sobre su hombro).

Rosita: ¿Por qué tus ojos traidores con los míos se fundieron? ¿Por qué tus manos tejieron, sobre mi cabeza, flores? ¡Qué canto de ruiseñores dejas a mi juventud, pues, siendo norte y salud tu figura, tu presencia rompes con tu cruel ausencia las cuerdas de mi laúd!... ¿Volverás?

Primo: Sí. ¡Volveré!

Rosita: ¿Qué paloma iluminada me anunciará tu llegada?

Primo: El palomo de mi fe.

Rosita: Mira que yo bordaré sábanas para los dos.

Primo: Por los diamantes de Dios y el clavo de su costado juro que vendré a tu lado.

Rosita: ¡Adiós, primo!

Primo: ¡Prima, adiós!

Telón.

¿Qué puedo ser sino una intrusa que, inscribiéndose en la más precaria historia humana, intenta alcanzar su conquista desde el insensato egoísmo del yo? ¿Para qué sirve mi urgencia? ¿De qué vale mi recorrido por cada sitio conocido en que se desplaza el gesto de tu mano o el desafío de tus palabras?

¿Por quién mi impaciencia no termina? ¿Por quién?... Pregunto y no puedo contestarme más allá del simple acto de existencia, que solo puedo bendecir en su resultado total, del que no participo pero cada noche me

seduce, merodeando aquí en mi mundo lo que en ti es pueril y grandioso: tu nariz, tus ojos, tu boca, tu pelo, tus orejas. ¡Mi pequeño inventario! Que se vuelve pobre y gris si queda reducido a un pedestre conteo y que se reinscribe como elocuente sublimación en mi tacto imaginario... en estos sueños que son los míos, que un día se irán junto a mi finitud a la inmensidad del olvido y que hoy señorean una parte importante de mi tiempo, buscando su minuto para arrepentirse, imponiéndose como obsesión involuntaria, estéril en sus fines por ajena a su destino, que la hace delirante.

Para Miguel, desde los recuerdos y la espera.

¿Aún me toma como suya?

Beatriz.

Hoy, domingo 3 de noviembre de 1989.

No puedo renunciar a decirle que lo amo, Miguel. Su espacio pertenece a lo más grato y aún me acaricia. Puede quedar tranquilo, de cualquier modo yo lo siento bueno. ¿Qué más da si decidió sumergirse en la multitud desconocida desde la cual un día emergiera para mí? Usted pertenece a la parte bella de mi mundo, está allí como un Dios imperturbable que me protege y no me permite hacer algo contrario a mis propios deseos.

No se apene por mí, para vivir hay una sola ocasión y merece la pena hacerlo bien. Es la razón por la que dedico todas mis fuerzas al trabajo y al amor, en la conjunción espiritual y concreta de una esencia que tiene en usted el centro, como un bajo relieve que se dibuja en el verde escenario

que rodeó nuestros encuentros y hace retozar su sonrisa inseparable en el mar de mi corazón, jugando a deshacerse en las crestas infinitas de sus olas, para luego renacer imperturbable al final de un construir y destruir que desenvuelve la existencia cósmica.

A veces siento tan fuerte su presencia en mí, como si al caminar sus piernas sustituyeran las mías o al alcance de mis dedos se propiciara el placer de conjugar su copioso sudor.

Superar cualquier pronóstico del límite me hace feliz. Pertenece a las alegrías que nos depara eso que la metafísica ha llamado alma y mantiene nuestra resonancia humana desbordando el acontecimiento concreto de nuestra vida.

Beatriz.

Acapulco, 23 de diciembre de 1989.

Las cartas revelaban a mis amigos en un ámbito muy íntimo, en una amalgama de situaciones. Beatriz desnudó sus sentimientos y su sensibilidad como mujer. Mi admiración por ella creció más por la forma en que se expresaba en esas cartas, me parecieron elaboradas de tal forma estética totalmente ignorada por mí.

De Miguel tenía la imagen de un tipo muy sensible, porque expresaba su ternura, externaba su debilidad y mostraba su delicadeza abiertamente.

A tal grado que algunas personas me llegaron a preguntar: «¿Tu amigo no es gay?». Pero Beatriz en las cartas dibujó de cuerpo entero la masculinidad de Miguel. Él tenía el poder de despertar en una mujer los sentimientos más apasionados.

Ricardo, por su parte, reveló toda la malicia de la que era capaz. No sé qué artimañas utilizó para conseguir las cartas. Ricardo interpretó mis gestos, se sintió juzgado y trató de evadir su sentimiento de culpa.

—Dante, quédatelas, te las regalo —me dijo.

Ricardo derramó por completo el vaso de nuestra amistad cuando redacté las conclusiones del diagnóstico de la calidad sanitaria, en la prestación de servicios turísticos en Puerto Vallarta. La idea inicial fue publicar el estudio, pero Ricardo me citó en su oficina y me dijo muy serio:

—Dante, no podemos publicar esto, no podemos decir que la calidad sanitaria de la prestación de servicios desluce ante el monto de inversión por parte del sector. Y tampoco la podemos calificar de mediocre, ni decir que es susceptible de mejorarse substancialmente.

Traté de razonar con Ricardo, le recordé que estuvo de acuerdo con señalar en una síntesis primaria las anomalías presentes en los establecimientos que tenían impacto negativo en su calidad. Le recordé también que estuvo de acuerdo en señalar dos grandes orígenes. En primer lugar, le dije que se observaban en el diseño y la construcción de las instalaciones diversas fallas y defectos que producirían características negativas en los servicios. En segundo término, destacué la negligencia y desorientación mostradas por los prestadores de servicios.

Le insistí a Ricardo que había estado de acuerdo en señalar, ante esta situación, dos soluciones viables. Una involucraba necesariamente la inversión en adaptaciones, remodelación o dotación de equipo. Otra, por su parte, implicaba solamente la concientización de los prestadores para que se apegaran a una serie de medidas y procedimientos rutinarios en beneficio cualitativo de los servicios proporcionados. Estas medidas de carácter preventivo, como son el mantenimiento adecuado, el aseo periódico pertinente y el conocimiento idóneo de técnicas que debían observarse cotidianamente, eran de más fácil e inmediata ejecución para mejorar la situación actual sin gastos considerables. Y, en consecuencia, la solución a la problemática existente tendría por fuerza que considerar una estrategia a corto plazo que abarcara ambos aspectos de acuerdo con la situación particular de cada establecimiento. Le dije a Ricardo que recordara que el documento no era totalmente negativo, ya que en él señalábamos el buen

funcionamiento de las obras y servicios públicos en términos generales; sin embargo, algunos aspectos todavía presentaban fallas en mantenimiento, extensión o cobertura; por lo tanto, requerían de atención. Los resultados del trabajo señalaban la conveniencia de profundizar en el estudio de algunos servicios con personal técnicamente preparado.

Le dije a Ricardo que era el momento de publicar este tipo de documentos porque la situación económica por la que atravesaba el país requería del esfuerzo coordinado de los mexicanos para mejorar el ingreso de divisas como una de las tácticas necesarias en la estrategia global de la economía. Que existía el riesgo de salirse del mercado internacional turístico por los altos precios. Le dije que, para conservar y aún mejorar la competitividad, hay que elevar la calidad intrínseca de los servicios mediante su calidad sanitaria.

Defendí lo más que pude la publicación del estudio. Le comenté a Ricardo que su publicación se justificaba por el solo hecho de proteger la salud pública, no solo del turista extranjero y nacional, sino también de los propios vallartenses.

Ricardo me dijo que tenía mucha razón, pero que políticamente no nos convenía publicar este documento por el momento. Le contesté: «¿Por qué no nos conviene publicar este documento?». Me respondió y me enteré del rataplán por el cual apostó Ricardo. No era imperdonable porque, a fin de cuentas, cada uno de nosotros tenemos nuestro propio rataplán. Claro que no lo ganamos todos. Él ya había ganado su rataplán cuando fue director administrativo del DIF con el presidente Miguel de la Madrid. Ganó cuando fue director del Centro de Investigaciones Turísticas del Fonatur en la presidencia, versus el Amarillo, del orejón. Ahora se la estaba jugando con Colosio, se lo matarían y estaría inhabilitado durante un sexenio. Cuando llegara Bartlett a la gubernatura de Puebla, él sería director administrativo de la recolección de la basura de la ciudad de Puebla. Ricardo, al final de su vida, terminó en la dirección de un Cecati en Guadalajara. Cuando Ricardo estaba en la dirección del Fonatur, empezó a tomar vino en grandes cantidades y, además, a consumir cocaína. Tanto le entró al alcohol y a la coca que me llamó en un lunes de madrugada. Yo vivía en ese entonces en la calle Hortelanos, en la colonia Morelos.

—Amigo, tienes que venir a ayudarme, mi departamento se está inundando —me dijo.

Para ese entonces ya se había separado de Paty.

Llegué a su departamento y me abrió la puerta:

—Ven, entra. Mira cómo el agua me llega hasta las rodillas. Ve cómo escurre por las paredes.

No había nada de agua dentro de su departamento. Ese mismo día lo acompañé a un centro de Alcohólicos Anónimos. Días más tarde se internó allí.

Años después recibí otra llamada suya, invitándome a una sesión del centro en el que se internó.

Ahí presencié varios testimonios y vi que algunos lo saludaban y le decían padrino. Al parecer, apadrinó dicho centro durante varios años. No sé si continuó apoyándolo cuando se fue a Guadalajara.

Esa noche en la funeraria le confesé a Rodolfo mi propio rataplán: utilicé el estudio de los efectos económicos del turismo en Puerto Vallarta para presentar mi tesis de licenciado en Sociología; después, con el estudio del ejido elaboré mi tesis de maestría. Incluso años más tarde me invitarían a exponer ese estudio en la Fundación Jalisco, Cambio XX, Capítulo Vallarta, a un coloquio en Puerto Vallarta con gastos pagados. El coloquio se efectuó en el auditorio Agustín Flores. Se habló del pasado prehispánico de Puerto Vallarta, el panorama histórico de Las Peñas de 1800 a 1918, Vallarta y su región durante la primera mitad del siglo XX y de la problemática turística. Yo presenté la ponencia «La identidad cultural de los campesinos del ejido de Puerto Vallarta». Propuse una alternativa para que, a nivel federal, estatal y municipal, se reanimara la identidad cultural de los campesinos del ejido, y el diseño de un programa de reanimación cultural. Hablé de la necesidad de crear un espacio para la expresión de los campesinos del ejido para contrarrestar la cultura de masas y la industria cultural.

Terminó la sesión de la mañana y nos llevaron a comer al hotel Rosita. En la tarde, se llevó a cabo otra sesión de ponencias donde incluso un exgobernador expuso su ponencia «Puerto Vallarta: de pueblo a ciudad». Gracias a esta ponencia corroboré lo que el Amarillo me había comentado de Díaz Ordaz.

El gobernador fue a preparar la visita a Puerto Vallarta un mes antes del encuentro del presidente de nuestro país con el presidente Nixon. El gobernador le preguntó a Díaz Ordaz cómo adornar Puerto Vallarta, y le respondió: «Como usted quiera, pero si usted se empeña, mire, haga de cuenta como llevan de Guadalajara a la Virgen de Zapopan a su templo, así arreglé para este evento». El gobernador consiguió cerca de doscientos burros para formar una valla en la calle principal de Puerto Vallarta; sus lomos fueron adornados con huacales y cántaros llenos de flores de papel traídas de Guadalajara.

El día del evento se paró el automóvil que conducía a los dos presidentes, y un miembro del Estado Mayor Presidencial se dirigió al gobernador para indicarle que el señor presidente deseaba hablar con él. El gobernador, atemorizado, corrió al coche y el presidente de México le dijo: «Oiga, el presidente Nixon viene reclamándome que por qué puse tanto burro, que es el signo contrario de su partido, que debió poner elefantes, que es el que corresponde a su emblema partidista». El presidente vio tan avergonzado al gobernador que le dijo: «Es broma, no se apene».

En la tarde-noche, tras escuchar las otras ponencias, nos llevaron a un restaurante que se encuentra en la peña mayor de Puerto Vallarta. Desde ahí se puede observar el viejo Vallarta. Ante esa vista, recordé como el Amarillo nadaba desde la Playa Los Muertos hasta la playa del hotel Rosita. No sé si fue mi imaginación, pero vi al Amarillo nadar hasta donde el sol se sepulta en el atardecer.

Ahí estaba el sociólogo desvergonzado que pretendió hacer justicia a los campesinos del ejido de Puerto Vallarta, cenando muy a gusto con vino blanco. Para el colmo de la desvergüenza intelectual, utilicé parte del estudio elaborado en Vallarta para redactar mi tesis doctoral en la Universidad de Valladolid, España, y la titulé: «Los planes generales urbanos en México. Los casos de Guadalajara, Puerto Vallarta y Barra de Navidad».

El tambichi lo jugábamos con una cosa de hojas de maíz... Se hace aquí así... se amarran y anda uno... Tambichi... le nombramos a eso... Era

juego... No había reglas... Algunos lo hacían viera qué bonito... Adentro le cortaban... muchas hojas, más anchas agarraban bien y arribita lo que sobraba hacían así como tiritas... y se veía retebonito... Lo mandábamos unos a los otros... Era divertido... Lo jugábamos ahí donde son horita los hoteles... Eran basureros... Ahí es donde jugábamos... o allí... en la plaza, enfrente... Allí una vez se vino el río... Fíjense qué curiosos... El río pasaba así... en una creciente grande se vino del médano de la arena y salía el agua allí donde están los juegos... Allí está una cosa como festival que hacen... Allí de la plaza abajo... así desembocaba el río de la escuela... Nosotros chiquillos nos veníamos a bañar allí en el recreo que dicen... un recreo de una hora... Allí nos bañábamos... allí era el río... allí desembocaba el río... una creciente muy grande que fue haciendo camino y ahora ya se cambió...

En la funeraria me encontré con toda la familia de Ricardo. Estaban presentes todos sus hijos y todas sus parejas. Cuando el frío muerde la carne terminé de contar a Rodolfo Quintero la entrevista con el Amarillo, y él me informó que escribiría la historia verdadera de Ricardo Guerra Castillo. Recordé lo que el Amarillo me dijo: «Los escritores se alimentan de los muertos». Rodolfo y yo rememoramos cuando íbamos a la matiné del cine Edén, sobre todo Ricardo, Miguel, Rodolfo, sus hermanos, primos y yo. En ese cine vimos varias películas del Santo, Tin Tan y Viruta y Capulina. Ricardo nos disparaba las tostadas, unas veces de pura col y salsa de jitomate, y otras de crema con jamón. Sabían deliciosas. En la mañana terminamos de contar viejas aventuras y chistes. Nos olvidamos del difunto.

Todos los amigos habían cambiado físicamente. Ni los pude reconocer porque hacía muchos años que ya no nos veíamos. Ahí estaban, por supuesto, los amigos que acompañamos a Ricardo por aquella aventura del turismo. Miguel Romero Moreno salió del closet, se proclamó gay y se casó con Alfredo Cerda Medina. En el funeral, Miguel me presentó a Alfredo y me platicó que estaban tramitando la adopción de una niña. Beatriz se casó con un hotelero de Acapulco. Beatriz llevaba a su esposo en una silla de

ruedas; me lo presentó tanto como a sus tres hijos: Ricardo, Miguel y Dante.

Rodolfo también cambió. De ser ateo, socialista y no sé qué más, ahora es cristiano. Él me compartió su testimonio:

Padre, no derramé ninguna lágrima sobre tu cuerpo, no tuve tiempo de corresponder a tus sufrimientos, ni entoné ninguna lamentación.

Solo fui capaz de amortajar tu cuerpo con los restos de tu sonrisa, tu regalo de último momento; no podré sepultar en el olvido esa sonrisa.

No pude llorar amargo llanto, ni pude emitir un ardiente suspiro, y si a tu condición atendiera, haría duelo toda mi vida.

No tuve que consolarme en tu funeral por la tristeza, sino que en él me puse entre lenguas por la incontrolada alegría de verte descansar en paz.

Tu muerte no me trajo ningún dolor a mi corazón. No te recuerdo muerto, sino vivo en mi corazón.

Pienso en el porvenir. Si mi memoria no me falla, sé que no hay retorno, y que el día de mañana se cumplirá mi destino: el mismo que el tuyo.

Descansaré muerto, descansará por fin mi memoria, y no habrá en mi sepulcro amor, odio, envidia, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría.

Todo se habrá acabado para mí.

Me consolaré si sale de mi cuerpo un espíritu.

Realmente empecé a leer la Biblia para refutar y demostrarles a mi esposa y a mi hija su error. Ellas habían sido «convertidas» y estudiaban la Biblia en una iglesia local sin denominación. Cuando no pude convencerlas por las buenas, intenté impedir que siguieran estudiando la palabra. Un día, me puse en la puerta de la casa para impedirles que fueran a esa iglesia, pero mi hija confesó que en nuestra casa era infeliz, que el único lugar donde ella encontraba felicidad era estudiando en esa iglesia la palabra de Dios. Me quité de la puerta y las dejé pasar. Yo estaba sumido en el mundo, en el pecado, en un estado de ceguera total y muerte espiritual. Mi destino directo era el juicio y la muerte eterna. El Señor no existía para mí, por lo que se justificaba perfectamente mi libre albedrío pecaminoso que me permitía vivir a mi manera, pero lo cierto es que yo vivía esclavizado a un infierno y, además, envolvía en él a mis seres queridos.

Leer la palabra de Dios, que es cortante como una espada de dos filos, penetró en mi corazón de tal forma que el conocimiento de la verdad por medio de la fe trajo a mí la convicción del pecado y el arrepentimiento. La palabra de Dios y su Espíritu Santo regeneraron mi corazón, y en mi vida empezaron a pasar cosas sobrenaturales y maravillosas. Una de muchas es que el Señor me dio el liderazgo de mi familia y la pude discipular.

A partir del año 2008, el Señor me regaló la oportunidad de congregarme en una iglesia local. Empecé a estudiar la Biblia de manera sistemática, mis maestros fueron Carlos, Bogar, Marcial, Luis, Ernesto y Luis Gerardo. Tuve la oportunidad de recoger gracia y crecimiento en el conocimiento de Cristo Jesús y, en la práctica, el Espíritu Santo confirmó en mí la fe en

Cristo y me dio la certeza de que poseo su escudo, el yelmo de su salvación, en un albergue para alcohólicos y drogadictos y en la Clínica 46 del IMSS.

Ante mis hermanos por testigos, en el mes de octubre de 2011, mostré externamente con mi bautizo mi irrevocable compromiso interno con Cristo. Lo hice con y en el amor de Cristo.

Rodolfo, cuando colocan el féretro con el cuerpo de Ricardo para su incineración, me convence a escribir la entrevista con el Amarillo.

Dante Vargas Picasso

(Ciudad de México, 1954-2020)